

SERVICIO SECRETO

Las gaviotas lo saben

george h. white

BB

Max Basehart, pianista mundialmente famoso por su «Sinfonía Espacial», es también todo un conquistador a pesar de la ceguera provocada por un accidente. Envidias y conflictos de intereses económicos y sentimentales llevan a su cuñado Robert Bennett a atentar contra su vida, la de su secretaria, el marinero mexicano que los acompañaba y su perro Mystic. Confabulado con Madga, esposa de Basehart, ambos denuncian la desaparición de Max a las autoridades…

Sin embargo, pronto los problemas empiezan a multiplicarse. Basehart parece estar haciendo extrañas visitas *post mortem* a su viuda y hermana de Bennett y el perro Mystic aparece sano y salvo. Lund, íntimo amigo de Max Basehart, se propone llegar al fondo de un turbio asunto lleno de recovecos.



George H. White

Las gaviotas lo saben

Bolsilibros - Servicio Secreto - 820

ePub r1.0
LDS 21.11.17

Título original: *Las gaviotas lo saben*
George H. White, 1966
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO





GEORGE H. WHITE

LAS GAVIOTAS LO SABEN

Col. SERVICIO SECRETO n.° 820
Publicación semanal Aparece
los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO

CAPÍTULO PRIMERO

Desde la galería del segundo piso, entre las ramas de los grandes álamos que daban sombra a la fachada, Robert Bennett vio a su cuñado cuando salía de la casa, guiado por su perro «Mystic». Virginia Malcomb salió a continuación y siguió a Basehart por el sendero de grandes losas, en dirección al embarcadero.

Max Basehart se disponía a salir a la mar. Se había vestido con arreglo a la más pura ortodoxia deportiva; jersey azul oscuro de cuello cerrado, gorra de marino, pantalón y zapatos blancos. Basehart era un elegante, incluso en las cosas más insignificantes de su vida. Tenía un atuendo para cada ocasión, y gastaba miles de dólares al año en ropa.

Su secretaria, Virginia Malcomb, había resuelto el problema de la indumentaria con un ceñido «maillot», sobre el que se había echado una flotante camisola desabrochada.

No necesitaba más para estar linda, pues, aunque de corta estatura, era esbelta y ágil, y guardaba en toda su juvenil figura una admirable proporción de formas. Bennett sintió la cruel mordedura del despecho mientras la veía alejarse, moviendo las caderas, haciendo equilibrios sobre los altos tacones de sus sandalias de playa.

El mundo, a juicio de Bennett, estaba lleno de injusticias, y Virginia Malcomb era un vivo exponente de la más cruel de todas. Para Basehart, aquella muchacha sólo era una aventura más, un objeto de diversión, un galanteo sin trascendencia, que terminaría bruscamente en el hastío y la indiferencia después de unas semanas, o un par de meses a lo sumo.

Para Bennett, en cambio, Virginia Malcomb pudo haberlo sido todo, pues llegó a enamorarse de ella.

Respecto a Virginia, Bennett había cometido un error sin precedentes. Por pura razón de conveniencia, puesto que habitaba en aquella casa y vivía a expensas de su cuñado, Robert nunca interfería en los asuntos privados de Basehart, ni siquiera para salir en defensa de Madga, humillada o perjudicada como consecuencia de las frecuentes aventuras amorosas de su marido o las violentas disputas sostenidas por este motivo.

Esta vez, sin embargo, Bennett había visto perdida la calma que le era habitual, especialmente, cuando, después de intentar salvar la virtud de Virginia Malcomb, la muchacha le había rechazado de plano, como si le encantara servir de víctima de Basehart, y no deseara otra cosa. Bennett tuvo que hablar duro contra su cuñado para convencer a la chica, y ahora lo lamentaba.

Virginia, como si se sintiera arrastrada hacia Basehart por un impulso fatalista, iba a caer irremisiblemente en las garras de éste. Y Bennett no había ganado nada, excepto enemistarse con su cuñado, lo que en modo alguno le convenía.

Pero ya nada importaba. Basehart iba a salir a la mar. El bote de recreo, una esbelta embarcación de seis metros, con «cabina» para dos literas y un potente motor de gasolina, se mecía en las transparentes aguas de la caleta, amarrada al embarcadero por una fuerte anilla fijada a la roca.

Siguiendo a su perro lazarillo, pues era ciego, Max Basehart traspuso la puerta de la cerca donde terminaba el prado artificial y, siempre seguido de Virginia Malcomb, se dirigió al embarcadero.

Juanito Valdés, un membrudo mejicano de cincuenta años, vio venir a Basehart y se apresuró a saltar de la embarcación al muelle para saludar quitándose su gran sombrero de paja. Valdés volvió al barco para ayudar a su patrón a pasar a bordo.

Poco después, Bennett veía, desde la galería de la casa, cómo el barco se separaba del muelle, bajo las expertas manos del mejicano.

«¡Ojalá no vuelva a veros más!» —se dijo Bennett para sí.

Mientras tanto, desde el pórtico de la casa, Madga asistía, con furia contenida, a la partida del barco. Éste aró con su esbelta quilla las azules aguas de la caleta, para cabecear rudamente al alcanzar las aguas libres cuando se adentraba en el mar. El bote pronto estuvo lejos y Madga volvió a entrar en la casa, dirigiéndose al estudio donde trabajaba su hermano.

Robert se encontraba de pie ante el armario-bar, dosificando cuidadosamente una porción de *whisky* y soda. Con el vaso en la mano, Bennett se volvió hacia su hermana, que le contemplaba, pensativa, desde la puerta.

—Entra —dijo Bennett—. Y no es necesario que me cuentes nada. No tuve que pararme a escuchar. El energúmeno de tu marido gritaba tan alto que hasta un sordo hubiese tenido que oíros.

Madga cerró la puerta y avanzó hacia el diván. Era una mujer joven, alta y de formas exuberantes, de rostro pálido y bello, con aquella belleza caliente y algo exótica de las mujeres meridionales, de rasgados y ardientes ojos, de cabellos negros hasta parecer azulados, de boca grande, y rojos y sensuales labios.

Vestía unos «*shorts*» blancos y una camisa de corte masculino. Sus largas y desnudas piernas, de carnosos y morenos muslos, eran, sin discusión, bonitas, aunque quizás demasiado gruesas para el concepto de la belleza al gusto norteamericano.

Pero Bennett no era del todo americano —su madre había sido una brasileña— y aun tratándose de su hermana, Madga estaba muy bien para su gusto. Cualquier hombre debiera haberse sentido orgulloso de poseer una mujer como Madga, pero aquel Basehart era un imbécil. Madga se dejó caer, suspirando, en uno de los sillones.

—Temo que no voy a poder soportarlo por más tiempo —dijo en portugués, lengua que siempre utilizaba estando a solas con su hermano—. Esto es superior a mis fuerzas. Solicitaré el divorcio y acabaré de una vez para siempre con esta situación horrible.

—Espero que no tengas que hacerlo —repuso Bennett, sombrío, y se llevó el borde del vaso a los labios, tomando un trago.

Madga retorció sus largas y bien cuidadas manos.

—Siento defraudarte —murmuró roncamente—. Quizás sea llegado el momento de admitir que no soy sino una pobre, una simple y débil mujer, como cualquier otra. Siempre dije que no me importaría lo que hiciese mi marido, con tal que me ofreciera una posición social y me llenara de lujos y comodidades. Pero empiezo a pensar que el dinero no lo es todo, y que hay cosas todavía más insoportables que la pobreza y el temor a la pobreza.

—Madga, por favor, no pronuncies blasfemias. Nada es más importante que el dinero, excepto, quizás, gozar de buena salud

para disfrutarlo. Pero ése no es tu caso. Eres joven todavía, hermosa y gozas de excelente salud. También eres mujer, es cierto, y, por tu condición de mujer, débil y un poco tonta. Pero me tienes a mí, que soy tu hermano y velo por tus intereses, y no voy a permitir que arrojes por la borda todo tu magnífico porvenir.

—¿Cuál es mi porvenir, Bob? Dímelo, si lo sabes. ¿Acabar loca en el manicomio, víctima de un marido infiel, ciego y neurasténico?

Bennett guardó sombrío silencio por unos instantes. Apuró de otro trago el *whisky* que quedaba en su vaso y depositó éste con estruendo sobre la mesa de trabajo llena de cuartillas escritas a máquina.

—Está bien, no quería decírtelo hasta más tarde, pero lo sabrás ahora. Espero que no tengas que torturarte más luchando contra tus impulsos de abandonar a Basehart. Él no regresará de ese crucero. Su noche de amor con Virginia Malcomb deberá gozarla bien, pues ésta será su última noche… He puesto una bomba de relojería en la sentina del barco… y hay suficientes gases allí para que todo estalle en mil pedazos…

Bennett hablaba con tal fruición que hizo estremecer a su hermana.

—¡Estás bromeando! —exclamó Madga, aterrada.

Robert se rió por lo bajo.

—No, querida, no bromeo. Puse la bomba allí cuando fui con Valdés a repostar de gasolina esta mañana. Y no fue el impulso de un momento, me llevó mucho tiempo construir el artefacto, reuniendo poco a poco las piezas indispensables de modo que nadie pueda probarme nada más tarde. Ese cerdo de Basehart no te humillará nunca más. Cuando salte en pedazos con su barco, tú te convertirás en su viuda. No serás una viuda millonaria, porque tu marido no es tan rico, pero Max fue previsor y colocó su dinero en acciones de empresas muy seguras. Basehart debe tener más de medio millón de dólares invertidos, lo que representa una renta de unos treinta mil dólares anuales. Con eso y sus derechos sobre las sinfonías que compuso y los discos que grabó, tu porvenir queda plenamente asegurado…

Bennett se rió de nuevo, diciendo entre dientes:

—Ya sabes lo que ocurre con los artistas. Cuanto más muertos están, mayor es su fama y el prestigio con que se les recuerda. Los

discos de Max se venderán como agua después de la tragedia, y tú eres su única y exclusiva heredera. Estamos en California, lo que quiere decir que gracias a las leyes que dejaron aquí los españoles, la viuda queda protegida por ciertos derechos llamados «de bienes comunes».

Madga guardaba aterrado silencio… Era, en el fondo, un espíritu cobarde. Lo era porque, temiendo afrontar las asperezas de una vida en la pobreza, había escogido el camino más fácil, casándose con un hombre ciego, al que no amaba. También era cobarde porque, deseando en su interior la muerte de Basehart, jamás se atrevió siquiera a confesárselo a sí misma.

Ahora, cuando Max navegaba alegremente hacia su inevitable fin, Madga se sintió asaltada de mil pusilánimes temores. Le asustaba la decisión de su hermano, pero también le asustaba que ésta pudiera fracasar.

—¡Tengo miedo, Bob! —confesó.

—Yo también, pero sólo de que algo pudiera fallar y regresaran con vida —murmuró Bennett, mirando por el balcón abierto hacia la azul inmensidad del mar.

—¿Y Virginia? ¿Y Valdés?

—¿Qué nos importan ellos?

—Pero si se salvara alguno de ellos… ¿no nos comprometería su declaración?

—Queda tranquila, hay apenas una probabilidad entre ciento de que alguno de ellos pueda salvarse. Virginia apenas sabe nadar con lo que Max ha estado enseñándole estos días. Max es buen nadador, pero está ciego, y no podrá orientarse hacia la costa, aun en el supuesto que llegue al agua. El barco se encontrará a doce o quince millas de la costa cuando sobrevenga la explosión, o sea a mayor distancia de la que hay entre Calais y Dover, en el Canal de la Mancha… y ha habido muy pocos nadadores que hayan cruzado el canal. Añade a la distancia el efecto sicológico de encontrarse solo en el agua, en la oscuridad, lejos de tierra y sin una tabla a donde asirse… He leído últimamente un estudio sobre las causas de morir ahogado. Es curioso, pero la inmensa mayoría de la gente muere ahogada por temor de ahogarse.

Nada, sin embargo, era capaz de tranquilizar a Madga, la cual exclamó:

—¡Dios mío, Bob! ¿Por qué lo hiciste? Y si tenías que hacerlo, ¿por qué no me lo consultaste, al menos?

—Te conozco. El miedo al fracaso te habría impedido tomar una decisión. Tenía que tomar esta decisión yo solo. Puedes consolarte pensando que, en el peor de los casos, si algo saliera mal, yo solamente sería el culpable. Tú nada sabías, y aún puedes añadir que esta conversación entre nosotros no tuvo lugar jamás.

—Me aterra verte tan tranquilo, Bob.

—Sí, estoy tranquilo —afirmó Bob, sonriendo—. ¿Sabes por qué? Pues porque he tomado todas las precauciones para que este plan resulte un éxito, y confío en mi ingenio. Basehart solía burlarse de mis novelas diciendo que era un mal escritor, sin originalidad ni inteligencia. Sólo voy a sentir que no tenga tiempo de rectificarse en su opinión mientras le sobreviene la muerte.

Bennett soltó una corta carcajada que hizo estremecer de frío a su hermana. Madga permaneció pensativa unos minutos, en tanto que Robert iba a medir de nuevo cuidadosamente la proporción ideal en que debían combinarse el *whisky* y la soda.

—¿Cuánto tardaremos en saber si el barco se hundió, o si, por el contrario, se encuentran a salvo? —preguntó la mujer.

—Max tenía que regresar mañana hacia el mediodía. Si para entonces no están de vuelta, puedes asegurar que el barco está en el fondo del mar.

—Es mucho tiempo. Temo que me dará un ataque de nervios mientras esperamos a recibir noticias.

Bennett la miró, conmiserativo. Luego se rió.

—¡Pobre criatura! —dijo—. Todos tus disgustos están para terminar en breve. Saldremos juntos esta noche, Podemos ir a cenar a San Diego, o más lejos todavía, si te parece, hasta Long Beach o Los Ángeles.

Madga Basehart asintió con leve movimiento de cabeza.

CAPÍTULO II

La voz de Madga Basehart sonaba agitada en el auricular del aparato telefónico:

—¿Puedes prestarme un favor, Lund?

—Madga, ¿qué ocurre?

—Estoy intranquila por Max. Salió en su barco ayer en la tarde, y no ha regresado, ni sabemos de él.

—¿Iba a algún lugar determinado?

—Sólo a pescar. Eso, al menos, fue lo que dijo.

—¿Dio aviso de la hora en que regresaría?

—Sí. Debió haber regresado para el almuerzo, pero son las tres de la tarde, y ésta es la hora que nada se sabe de su paradero.

—¿Has dado aviso a la Policía… al Servicio de Guardacostas?

—No sé si debo hacerlo. Sería ridículo dar la alarma y ver luego regresar a Max tan feliz. ¿Tú qué me aconsejas?

Lund reflexionó un instante.

—¿Iba solo? Quiero decir si iba solo en el barco, con Valdés.

—Le acompañaban Valdés y esa nueva secretaria… Virginia Malcomb.

Madga Basehart subrayó de manera significativamente despectiva la frase: «esa nueva secretaria». Lund asintió.

—Bueno, tal vez resulte prematuro alarmarse. Max nunca fue demasiado puntual, tratándose de acudir a una cita. Puede que decidiera prolongar la pesca, o acaso haya ido a atracar en San Diego, Oceanside u otro lugar cualquiera. No hay razón para temer lo peor.

—De todos modos, Lund, me sentiría más tranquila si supiera que Max se encuentra en puerto. Se me ha ocurrido que pudiera haber ido hasta Los Ángeles. ¿Sería mucha molestia para ti

acercarte a los muelles y ver si está ahí su barco?

—Bueno, si te empeñas…

—Por favor, Lund. Hazlo por mí —suplicó Madga—. Llamaré más tarde, dentro de una hora.

—De acuerdo, Madga, como quieras —rezongó Lund. Y dejó el aparato sobre la horquilla.

Gary Allerton, el compañero de oficina de Lund, levantó los ojos del tablero de dibujo y miró, interrogante, a su amigo.

—¿Ocurre algo, James? ¿Otra vez tu amigo Basehart, el músico?

—Su mujer está preocupada por él. Parece que debió regresar esta mañana, y no se sabe nada de su barco.

—Lund alcanzó su americana de la percha. —Voy a salir. No tardaré. Sólo llego hasta el puerto y regreso enseguida.

—Ve por la puerta del almacén. Ya sabes que al patrón le molesta mucho que el personal se ausente en horas de trabajo.

—El diablo le lleve —contestó Lund, poniéndose la corbata ante un pequeño espejo colgado del muro—. Un día de éstos le voy a enviar a paseo, y tú y yo nos declaramos independientes montando nuestra propia oficina.

Allerton miró, sorprendido, a su compañero. Ni alto ni bajo, con una estatura mediana, pero bien proporcionado y atlético, Lund era lo que las mujeres entendían por «un tipo interesante». Tenía duros los rasgos, enérgica la barbilla, como de hombre que ha sufrido, joven, los rigores de la vida, y en esta misma línea estaba el brillo de sus ojos azul metálico, incluso la rigidez del erizo en sus cabellos castaños y rebeldes, que llevaba cortados recordando un poco el estilo militar, o sea cortos y en forma de cepillo.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Allerton.

Los ojos azul metálico de Lund se clavaron en su amigo.

—Te diré lo que pienso. Tú y yo somos demasiado buenos para quedarnos en esta oficina, haciéndole el caldo gordo al patrón.

—Éste es un buen empleo, Lund.
«Butler & Grinell»
es una empresa seria y sólida. No hay cuidado de que quiebre el viejo zorro del patrón.

—Te equivocas, esta empresa no va a durar ni cinco años, si Butler no se pone al día aceptando unas cuantas ideas renovadoras. Butler no es un técnico, sino un comerciante astuto y ramplón, a la

vieja escuela. El mundo de la electrónica está progresando día a día. Nosotros permanecemos estacionarios, lo que quiere decir que pronto nos habremos quedado enormemente atrás, respecto al resto de la industria. Pero no voy a hablar de eso ahora. Tengo prisa, ya continuaremos esta conversación en otro momento.

—¿Y de la señorita Butler, que me dices? —preguntó Allerton cuando Lund ya se disponía a salir, con la americana plegada al brazo.

James Lund se volvió. Su compañero dijo, guiñando un ojo:

—Hasta el más ciego pudo haber visto que le caíste bien a la chica cuando la fiesta en que celebramos «el número diez millones de televisores». Francamente, me sorprende oírte manifestar ideas separatistas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues muy sencillo, yo pensaba más bien que estaba haciendo proyectos para introducirte en la alta dirección de la empresa… utilizando para entrar la puerta del corazón de míster Butler.

—Estás equivocado, Gary —aseguró Lund, poniéndose colorado.

—¿No es cierto, entonces, que estuvierais la mayor parte del tiempo hablando, muy amartelados, en el rincón de la terraza?

—¿Qué supones? —protestó Lund con enfado—. La señorita Butler fue muy amable interesándose por la tarea que realizaba en la oficina… y yo seguramente me excedí hablándole de mis proyectos. La señorita Butler no entendió ni jota de lo que yo decía, pero es seguro que se aburrió lo suficiente para sentirse escarmentada. Eso fue todo lo que ocurrió.

—Está bien, muchacho. Te creo, no hay por qué ponerse así —dijo Allerton levantando una mano en señal de tregua. Y luego que Lund hubo salido, se echó a reír.

Llevando su americana plegada al brazo, el cuello de la camisa desabrochado y la corbata floja, James Lund pasó al departamento de montaje, buscando el montacargas que le condujo directamente al almacén.

Ya estaba para salir por la amplia puerta al patio lleno de sol, cuando alguien le llamó por su nombre:

—¡Señor Lund!

Lund vio, sorprendido, a la señorita Butler, que iba a su encuentro con una amplia sonrisa en su bonito rostro. Su

inmaculado traje blanco destacaba vigorosamente contra el fondo algo oscuro del almacén, estilizando su esbelta silueta. Lund sólo la había visto una vez en el jardín de la lujosa mansión que Butler poseía en Beverly Hills, la zona residencial de los millonarios, y al verla ahora de nuevo, se dio cuenta de que no la recordaba muy bien.

En efecto, el azul de los ojos de *miss* Butler era más oscuro, su naricilla más pequeña, y su boca más grande y jugosa de lo que él recordaba. Solamente su cabello era del color de oro viejo que creyó advertir la primera vez.

—¿Va a salir? —preguntó la muchacha.

No era alta, pero la perfecta armonía de sus formas le hacían parecerlo.

—Voy a resolver un asunto urgente en el puerto —dijo Lund, un poco apurado.

—¿Puede llevarme en su auto? Dejé el mío en el taller para una pequeña reparación, y no estará listo hasta las cinco.

—La llevaré con mucho gusto.

Salieron al patio. Lund se puso la americana y se ajustó el nudo de la corbata. Su auto era un descapotable de modelo algo antiguo, aunque bien conservado y en perfecto uso.

—¿Dónde quiere que la lleve? —preguntó Lund, mientras ponía el motor en marcha.

—No tengo prisa. Primero hacemos su recado, y al regreso me deposita usted en el taller. Es decir, si no le molesta…

—¡De ningún modo! —protestó Lund. Y arrancó.

Durante largo rato, James permaneció en silencio.

Aunque aparentemente abstraído en la conducción del vehículo, buscaba en vano un tema de conversación, sin caer en el tópico del tiempo o del incremento del tránsito en las siempre atestadas calles de la ciudad.

Finalmente: fue la señorita Butler quien sugirió el tema:

—¿Usted es californiano, verdad?

—Sí.

—Yo nací en Kansas City. Pero me encanta esta tierra. El sol de California dicen que siempre es más brillante que el de cualquier otra parte. ¿Usted qué cree?

—Que no es verdad. Pero no importa, es suficientemente bueno

para los californianos.

Los dos se rieron.

—¿Vive usted en Los Ángeles? —preguntó *miss* Butler.

—Tengo, alquilado un pequeño apartamiento en uno de esos nuevos bloques-colmena del extrarradio, con muchos chicos de corta edad y muchas vecinas llenas de problemas. Los tabiques son tan delgados que puede uno oír el chasquido de los cachetes que el señor Smith le propina a su retoño. Tienen también un periquito y un receptor de televisión. La señora Smith le cuenta a su marido lo caro que de día en día se está poniendo el coste de la vida. El señor Smith gruñe. Hay un período de paz mientras toda la familia sigue atentamente el programa de televisión. Cuando finalmente se apaga el estruendo de los últimos disparos del «telefilme» de vaqueros de turno, dejamos escapar un suspiro de alivio y nos vamos a dormir.

—Lo cuenta usted como si realmente fuera divertido.

—No lo es, créame. Y lo peor de todo es que no logro habituarme. Soy hombre de campo, mis padres tenían una granja al sur de San Diego. Un amigo posee ahora nuestra casa. Tengo un duplicado de las llaves del edificio y del bote que mi amigo guarda en la caleta. Cuando Max se encuentra viajando, lo cual hace con frecuencia, suelo ir hasta la casa algunos fines de semana, saco el bote de La caseta y navego hasta alta mar para pescar con un viejo mejicano llamado Juanito.

—¿Es rico su amigo?

—Es más que rico. Él posee esa riqueza espiritual de los escogidos. Es un músico, un pianista y compositor de fama universal, Max Basehart.

—¡Max Basehart! —exclamó la señorita Butler—. ¿Son ustedes amigos?

—Somos más que eso, casi como hermanos. Nos hemos criado juntos. ¿Sabía usted que los padres de Max Basehart eran granjeros como los míos?

—Sí, y también que la casa de sus padres estaba por los alrededores de San Diego.

—Su granja y la nuestra eran colindantes, íbamos juntos a poner trampas para los pájaros, a coger nidos y a buscar cangrejos en las rocas de la caleta.

—¡Es estupendo, Lund! Tiene que prometerme que me

presentará a su amigo, en la primera ocasión. ¿Lo hará?

El entusiasmo de la señorita Butler parecía tan sincero, que Lund se sintió halagado.

—Haré todo lo posible para que ustedes se conozcan —prometió.

Llegaban al puerto, y Lund redujo la marcha de su auto para escudriñar el muelle. Rodando lentamente, pasó a lo largo del primer muelle y siguió por el contiguo, donde se veían gran cantidad de embarcaciones de recreo de todos tipos y tonelajes.

—¿Busca a alguien? —preguntó la señorita Butler.

Lund le dio cuenta de la llamada telefónica de Madga Basehart.

—Ella me rogó que viniera al muelle para comprobar si Max se encontraba aquí con su barco.

—¡Pobre mujer! ¡Es natural que esté preocupada! Busquemos su barco. ¿Cómo dice que es?

Lund le fue describiendo las principales características del barco, mientras sus ojos registraban afanosamente entre las embarcaciones amarradas al muelle.

Después de recorrer el puerto en un sentido y otro, al cabo de un rato, se encontraban de nuevo en el lugar de partida.

—No está aquí dijo Lund. —Voy a telefonear a Madga. Si Max no ha regresado, viajaré hacia el sur, registrando todos los lugares donde el barco pudo haber atracado, entre Los Ángeles y Sari Diego.

Lund se apeó del auto, y entro en una cabina telefónica.

Desde el coche, Theresa Butler vio a Lund introduciendo una moneda en la caja del aparato, descolgar el auricular y marcar un número en el disco.

La conversación fue muy breve Al poco rato, salía de la «cabina» y regresaba hacia el auto, con expresión preocupada. Theresa le preguntó:

—¿No ha regresado su amigo?

—No —repuso Lund, sombrío—. Pero ha aparecido «Mystic».

—¿Mystic?

—Es un perro policía, el lazarillo de Basehart. El perro iba con él en el barco. Parece que está exhausto, sucio y húmedo, como si hubiera tenido que nadar largas horas hasta alcanzar la costa y encontrar la casa.

—¡Dios mío! ¿Suponen, entonces, que haya podido ocurrirle

algo al barco?

—Mí consejo a Madga fue que diera aviso al Servicio de Guardacostas. Siento mucho tener que dar por terminado este paseo, pero debo acudir junto a mis amigos, por si ellos me necesitan. La llevaré a usted al taller. Espero que sabrá disculparme.

—Naturalmente, no faltaría más.

Momentos después, la señorita Butler se apeaba del auto, ante un taller de reparaciones.

—Espero que puedan hallar a su amigo sano y salvo —dijo la señorita Butler.

—Ojalá sea así —contestó Lund. Y arrancó en el auto, perdiéndose de vista a los pocos instantes.

CAPÍTULO III

El sol caía sobre el mar, espejeando en las amplias ondas de las aguas azules y tranquilas. Las gaviotas planeaban sobre el acantilado y, de tarde en tarde, dejaban oír algún graznido, que el eco repetía entre las rocas, a través de la diáfana atmósfera.

Un auto patrulla estaba detenido a un lado del camino de los sauces, junto al largo muro de piedra de baja altura que cercaba la verde extensión de césped artificial ante la casa. Lund detuvo su auto a continuación del patrullero. Se apeó, y, por una puerta lateral del cercado, a la altura del ángulo sur del edificio, entró en el patio.

Un camino de hormigón le llevó a lo largo de la fachada principal, orientada al mar hasta el pórtico de la casa. Apenas había cruzado la puerta cuando se le abalanzó, dando brincos y ladrillos de contento, el fiel «Mystic», lazarillo de Basehart.

—Hola, «Mystic», muchacho —dijo Lund, inclinándose para que el perro pudiera lamerle la cara—. Dime qué te ha ocurrido.

El perro ladró con fuerza y Madga Basehart apareció, encuadrada en el vano de la puerta del estudio-biblioteca.

Detrás de Madga, Lund vio al *sheriff* Mac Gregor, un corpulento escocés de cortas piernas y cabellos rojizos.

También vio a Robert Bennett y a un agente de policía, de uniforme, un poco más atrás y cerca del gran piano de conciertos, en el cual Max Basehart había compuesto su famosa «Sinfonía Espacial», una obra moderna de indiscutible mérito.

Madga, más pálida que de costumbre, tendió desmayadamente su mano a Lund.

—Te agradezco que hayas venido, James —dijo con voz ligeramente ronca.

—¿Hay noticias de Max?

—Nada en concreto todavía —fue el *sheriff* quien respondió—. Una de las lanchas del servicio de represión del contrabando aseguró haber divisado un fuego en alta mar, alrededor de la medianoche de ayer. El resplandor se extinguió enseguida, y el barco estaba dedicado en aquel momento a perseguir a un bote contrabandista, de modo que no pudo ir a investigar. La lancha patrulló esta tarde por la zona donde creyeron ver el fuego, encontrando manchas de petróleo muy dispersas y algunos objetos flotantes, botellas, salvavidas y una caña de pescar. La patrulla va a traer esos objetos para que ustedes traten de identificarlos.

Lund experimentó cierta sensación de opresión en el estómago.

—Un barco viene hacia aquí —anunció en este momento el policía uniformado que se encontraba cerca del piano, mirando a través de la vidriera practicable abierta sobre el patio.

Mac Gregor se dirigió, a través del estadio, hacia la puerta de cristales, donde ya se le habían anticipado Bennett y el agente de uniforme. Lund siguió a Madga, saliendo todos por la amplia puerta al exterior.

En efecto, una lancha a motor acababa de doblar el promontorio y navegaba hacia el interior de la caleta, dejando oír el alarido de una sirena.

—Pueden ustedes esperar aquí —dijo el *sheriff*. Y echó a andar rápidamente, a través del prado, en dirección al embarcadero. El policía le siguió, quedando solos Madga, su hermano y Lund.

—Tal vez hayan encontrado algún cadáver —dijo Bennett.

—¡Bob, no seas macabro! —exclamó Madga, estremeciéndose.

—Mujer, lo digo por la forma de hacer sonar esa sirena. Aparte de todo lo demás, deberías ir preparando tu ánimo para recibir el cadáver de Max. El mar siempre devuelve a los ahogados a las cuarenta y ocho horas de su muerte.

Era indudable que Bennett disfrutaba torturando a su hermana. Lund dijo secamente:

—Ya basta, Bob. Puede que Max no esté muerto, después de todo. ¿Por qué no volvemos a la casa? Hace fresco aquí afuera.

Madga agradeció la sugerencia con una mirada. Seguida de Lund y de Robert, regresó al estudio. Bennett cerró la vidriera. Luego se dirigió a un armario, del cual sacó una botella y un par de vasos.

—¿Un trago, Lund? —preguntó, depositando los vasos sobre la brillante tapa del piano, y quitó el corcho a la botella.

Lund no asintió ni negó. A través de los cristales de la puerta, miraba hacia el embarcadero. Bennett acercó el gollete de la botella a uno de los vasos, pero acaso porque la botella estaba demasiado llena, parte del líquido destinado al vaso se vertió sobre la pulida tapa de madera preciosa del piano.

No eran apenas unas gotas, pero Bennett echó mano al pañuelo del bolsillo superior de su elegante americana blanca. Al punto, sin embargo, cambió de parecer. Miró hacia Lund, pero éste seguía mirando afuera a través de los cristales.

Bennett sonrió, y, acercando la botella al otro vaso, vertió intencionadamente un buen reguero de *whisky* sobre la tapa del piano. Fue un acto de venganza casi infantil, inspirado en el odio que sentía hacia Max Basehart, así como por el recuerdo del gran aprecio que éste sentía por su piano. Pero Basehart no iba a volver más a aquella casa, de manera que nunca podría abroncarle por la mancha que el *whisky* iba a dejar en la madera.

Llevando un vaso en cada mano, Bennett se acercó a Lund.

—Me pregunto qué pudo sucederle a Max —dijo, mientras tendía un vaso a Lund—. Tenía un buen barco, y no hubo viento ni marejada en la noche.

—¿Quién sabe? Tal vez tuvieron un accidente. Un fuego a bordo es siempre temible, en alta mar. Lo verdaderamente extraño es que no se salvara ninguno de los tres. Tanto Max como Juanito Valdés eran buenos nadadores. ¿Qué tal lo hacía la señorita Malcomb?

—Apenas se sostenía a flote, Max le estaba enseñando a nadar. Si llegó a arrojarse al agua, ella sería la primera en ahogarse.

Lund guardó silencio, tomando, a pequeños sorbos, parte de la exagerada ración de *whisky* que Bennett le había echado en el vaso. Lund se dirigió al piano para depositar sobre la tapa su vaso.

—Has derramado licor sobre el piano, Bob —advirtió, sacando el pañuelo.

—¿De veras? ¡Qué descuidado soy! Max no me lo perdonaría, si llegara a saberlo.

Lund limpió la mancha con su pañuelo, y fue a depositar su vaso sobre la mesa contigua al armario.

Poco después, el *sheriff* entraba en la casa, por la puerta

principal. En la mano traía una caña de pescar. Le seguía el policía de uniforme, con un fardo entre las manos. Los dos hombres entraron en el estudio.

—Bien, aquí está la caña —dijo Mac Gregor, mostrándola.

Lund la cogió en sus manos, examinándola con todo detalle. La caña parecía completa, dato que hizo observar a Mac Gregor. Cerca de la empuñadura tenía una pequeña marca al fuego.

—Fue suministrada por Langey —observó—. Max solía comprar allí la mayoría de sus artes de pesca. Desde luego, tenía una igual a ésta.

—¿Quiere decir que el señor Basehart tenía una caña como ésta, pero no era ésta? —interrogó Mac Gregor, decepcionado.

—Quiero decir, sencillamente, que no lo sé.

—Pero ¿podría ser ésta la del señor Basehart?

—Podría —repuso Lund evasivamente—. Veamos qué traen en el fardo.

El fardo fue abierto sobre la larga mesa de caoba. El paquete contenía una lata de las usadas para aceite de motor, una botella de *whisky* con su corcho, medio vacía, un cojín de espuma de caucho, forrado de plástico, y un chaleco salvavidas de placas de corcho. Parte de la lona del salvavidas aparecía quemada y el corcho que quedaba al descubierto estaba chamuscado.

Bob Bennett cogió el cojín de goma.

—¡Es del barco de Max, lo reconozco! —exclamó.

—¿Está seguro? —preguntó el *sheriff*, esperanzado.

—Lo estoy. Lund lo reconocerá también. Este cojín iba en el asiento de la camareta del timón. Estuve sentado sobre él, ayer en la mañana.

Mac Gregor miró a Lund.

—¿Puede identificar usted el cojín, señor Lund?

—En efecto, parece el mismo o idéntico al que llevaba el barco. El asiento del timón era de madera y resultaba muy duro. Yo también estuve sentado sobre él muchas veces… si es que se trata del mismo.

—¿Cómo puedes dudarlo? —protestó Bennett—. Parece como si estuvieras empeñado en demostrar que el barco, en realidad, no se fue a pique.

—No son muchas las pruebas que tenemos, Bob. Aunque tal vez

sean suficientes —repuso Lund pensativamente.

—Los barcos del Servicio de Guardacostas seguirán buscando, por si aparecieran nuevos restos del naufragio —dijo Mac Gregor, envolviendo de nuevo el cojín y el salvavidas en la hoja de periódico—. Voy a entregar estos objetos al oficial del guardacostas. Tratándose de un naufragio, tendrán que ser las autoridades navales quienes levanten el atestado.

—Yo le acompaño hasta el embarcadero —dijo Lund.

Los dos hombres abandonaron la casa, dirigiéndose al lugar citado.

—Tengo entendido que usted y el señor Basehart eran grandes amigos —dijo el *sheriff* cuando trasponían la puerta del cercado.

—Sí, lo era.

—Allá en la casa no parecía usted querer aceptar que su amigo el señor Basehart estuviese muerto. ¿Puedo preguntarle por qué?

—No sabría decirle. Me cuesta creer que el barco y sus tres tripulantes hayan desaparecido, sin que nadie pueda dar fe de si viven o están muertos. Es cierto que tenemos algunas pistas; el perro que regresó solo… la caña de pescar… el asiento de goma. Pero ¿qué significa todo eso? Pudo haberse caído el perro al agua, o ser arrojado adrede, como asimismo la caña de pescar y el cojín.

—¿Y el salvavidas chamuscado? ¿Y las manchas de petróleo? ¿Y el resplandor como de un fuego que la tripulación del guardacostas creyó ver en la noche, aproximadamente en el mismo lugar donde fueron encontrados esos pocos restos flotantes? ¿Y la desaparición del señor Basehart y las otras dos personas que se encontraban con él a bordo del barco?

Lund guardó silencio, y el *sheriff* continuó, mientras caminaban hacia el embarcadero:

—Evidentemente, todos los indicios que poseemos pudieron haber sido falseados, supuesto el caso de que el señor Basehart hubiese querido gastar una broma. Más, ¿por qué había de hacer eso el señor Basehart? ¿Tiene usted alguna idea? ¿Hay alguna razón que usted conozca, por la cual su amigo hubiese querido fingir que había desaparecido con su barco?

—No, ninguna —repuso Lund, meneando la cabeza.

Habían llegado al embarcadero. Éste había sido excavado en parte en la roca, y en parte se había completado con un muro de

cemento armado. Junto al embarcadero se veía una caseta con salida a la caleta, la cual era utilizada para guardar el barco que Basehart había llevado en su excursión marítima.

Una potente lancha, del tipo de las embarcaciones utilizadas por la Marina de Guerra como cañoneras, estaba arrimada al muro de cemento. El oficial del barco, que era un teniente, saltó a tierra desde la cubierta.

—El señor Lund. El teniente Cornell —presentó el *sheriff*.

Lund estrechó la mano del teniente mientras Mac Gregor aclaraba:

—El señor Lund era un íntimo amigo del señor Basehart, y ha ayudado en la identificación de los objetos que usted rescató.

Lund dijo, a su vez:

—El naufragio del barco parece demostrado. Lo que importa ahora es comprobar si no hubo supervivientes.

—La Policía está haciendo averiguaciones en todas las ciudades, así como a todo lo largo de la costa de la baja California donde pudieran haber arribado los náufragos. En mi opinión, si alguno de los tripulantes se hubiera salvado, lo sabríamos ya en la hora presente. Más probable es que encontremos sus cadáveres.

—En cualquiera de los casos, sería interesante saber con la mayor aproximación posible el lugar exacto donde se hundió el bote —dijo Lund.

—Si se sirven ustedes pasar a bordo les mostraré sobre la carta el lugar exacto donde descubrimos la mancha de petróleo. Esto, naturalmente, no es garantía de que el barco se hundiera en el mismo lugar. Han transcurrido muchas horas desde que ocurrió el accidente, y tanto la mancha como los objetos rescatados han debido derivar con las corrientes.

—No importa —dijo Lund—. De todos modos, me gustará saber dónde encontraron esos restos.

El teniente les invitó a pasar a bordo con un ademán, llevándoles hasta la camareta de cristal donde, sobre un tablero, les mostró una carta de navegación. El lugar preciso donde la cañonera rescató los restos del naufragio, estaba señalado por una cruz. El punto distaba catorce millas de la costa, a la altura de la costa mejicana de la baja California.

—No tenía idea de que fuera tan al sur —observó Lund

pensativamente—. Eso hace posible que alguno de los náufragos llegara a nado hasta la costa mejicana.

—Hemos cursado aviso a la Policía mejicana para que investigue asimismo la posible llegada de algún náufrago a sus costas —aclaró el *sheriff*.

Lund dio las gracias al oficial, abandonando a continuación el barco, con el *sheriff*. El teniente Cornell les saludó desde el puente cuando el barco se separaba del embarcadero haciendo rugir sus potentes motores.

Lund y Mac Gregor regresaron a la casa.

Madga Basehart les estaba esperando en el pórtico. El sol se había puesto hacía rato y soplaba del mar una brisa fresca, que hizo que Madga se echara sobre los hombros un ligero jersey.

—Bien, señora —dijo el *sheriff*, quitándose su ancho sombrero de *cow-boy* —. No hay más que podamos hacer, por el momento, excepto esperar. Les avisaré por teléfono si hubiera alguna novedad. Buenas tardes, señor Lund.

James y Madga le vieron alejarse por el camino de hormigón hasta que desapareció por la puerta del cercado.

—Bueno, también yo tendré que marcharme —dijo Lund.

—¿Es preciso? —protestó Madga, mirándole asustada—. ¿No te vas a quedar, siquiera hasta mañana? Me aterra pensar que pudieran traer el cadáver de Max a casa, encontrándome sola.

—No estarás sola, Bob está contigo. Además, no es probable que traigan el cadáver de Max acá, sin cumplir las formalidades de estancia en el depósito de la Policía.

—De todos modos, Lund… ¿no puedes quedarte?

—Tengo un trabajo que hacer. La Policía mejicana suele ser bastante lenta en sus investigaciones, de modo que no estará de más que cruce la frontera y visite los poblados costeros, activando a algún *sheriff* perezoso. Pasaré por aquí, de regreso.

Madga Basehart frunció los labios, contrariada, pero nada dijo.

Minutos después, James Lund guiaba su auto por la carretera de la costa, en dirección a la frontera.

Capítulo IV

La noche había cerrado, fría y oscura. El viento, arreciando en fuerza a partir de la puesta del sol, lanzaba contra la costa roqueña grandes e impetuosas olas, mientras una bruma húmeda, brotando del mar, se arrastraba por la tierra y cubría de vaho los cristales de la ventana.

Sentados frente a frente, los hermanos Bennett acababan de dar fin a su tardía comida. Madga había insistido en cenar en el estudio de Bob, huyendo del frío comedor de la planta baja, con sus severos muebles y sus oscuras vigas de roble.

Aun en aquella habitación llena de luz, a la cual Bob había trasladado sus cuadros y sus trofeos, Madga se sentía incómoda y desasosegada. Le enervaba sobre todo el mugido del mar, y le ponía nerviosa el ruido del viento, al golpear en las ventanas. Hasta esta noche, Madga había alabado las excelentes cualidades de la casa; su situación privilegiada junto al mar, sus dimensiones, sus recios muros de piedra, sus sólidas vigas, su aislamiento, a corta distancia de una ciudad importante, y su ambiente, serio y respetable.

—Lo primero que haré será vender esta casa —dijo Madga, de pronto.

Robert la miró, asombrado.

—¿Vender la casa? ¿Por qué? Siempre nos gustó mucho.

—No, ahora —los carnosos labios de Madga temblaron, acusando su terror—. A menos que el cadáver de Max sea hallado, temo que no voy a poder soportar este horror. Pensar que Max está allí… sepultado en ese mar, tan cerca. Que una noche las olas puedan arrastrarlo hasta la playa… hinchado, medio devorado por los peces…

—¡Madga!

—¡Sería horrible, Bob!

—¡Madga! —gritó Bennett, más fuerte. Ella se serenó, haciendo un poderoso esfuerzo. Bob la amonestó—: No vuelvas a pensar en eso. Recuerda, debes conservar tu entereza, especialmente en los próximos días. Luego, no importa tanto. Viajaremos… nos iremos lejos de aquí… venderemos la casa, si es necesario. Pero ¡ahora, no! Madga, debes conservar la serenidad… Piensa, que el más pequeño error podría perdernos.

—¡Pues eso es lo que temo, Bob! No sé si podré…

El picaporte de la puerta giró en este instante. Bob lo advirtió, e hizo una seña imperativa a su hermana para que guardara silencio.

Guadalupe, la criada mejicana de la casa, asomó su redonda cara, preguntando si podía recoger la mesa. Madga dijo que sí, y mientras la mujer recogía el mantel, los Bennett guardaron silencio. Guadalupe, por último, preguntó si podía retirarse a su casa.

Madga le concedió permiso aunque, en realidad, hubiese preferido que, al menos por aquella noche, Guadalupe y Pedro se quedaran a dormir allí.

Pedro y Guadalupe habitaban en la antigua granja de Basehart, distante como un cuarto de milla tierra adentro, rodeada de naranjos y limoneros. Pedro era el capataz de las tierras, ahora unidas que antes correspondían a la granja de Basehart y a la del viejo Lund.

Las antiguas tierras de los Lund nunca habían sido demasiado buenas, pero, gracias a los modernos sistemas de rehabilitación de suelos, invirtiendo mucho dinero en acarrear tierras y alumbrando pozos para garantizar el riego en toda época, la antigua y antieconómica granja de Lund se había convertido, con el tiempo, en espléndido y rico campo de naranjos.

Por el contrario, la vieja casa de los Lund era mucho más espaciosa y bonita que la de los Basehart. Al empezar a cosechar triunfos y dinero como concertista, Max había escogido la de los Lund como lugar de reposo y recreo, restaurando el viejo edificio, añadiéndole algunos muebles y creando el verde prado artificial ante la casa, lujo que resultaba extraordinariamente caro en un lugar soleado y seco como la baja California, y que, a juicio de Lund, afeaba el conjunto arquitectónico del edificio entre las rocas y el mar.

Max Basehart, que como la inmensa mayoría de los grandes genios del arte, tenía muchas rarezas y extravagancias, no permitía que ningún sirviente pernoctara en la casa donde él vivía.

Siendo así que además solo residían en la granja por breves temporadas, los Basehart no tenían una servidumbre fija. La esposa del capataz hacía de cocinera, y sus hijas venían un par de horas cada mañana para hacer la limpieza.

El único empleado fijo era Juanito Valdés, cuya función era cuidar de la casa y del césped, en ausencia de los amos. Pedro Ramos no era, propiamente hablando, un empleado, sino una especie de aparcero que contrataba a los peones, fumigaba los naranjos y recogía la cosecha a un tanto por ciento sobre los beneficios de la explotación.

Max, demasiado ocupado en su carrera artística, no podía dedicar su tiempo a la propiedad.

—Deberías bajar para asegurarte de que no ha quedado ninguna ventana abierta —dijo Madga, al cabo de un rato.

Bob la miró, disgustado.

—Madga, ¿qué es lo que temes?

—No lo sé, Bob. Tengo los nervios destrozados. No pude pegar un ojo anoche, y temo que esta noche sea peor.

—Toma de esas tabletas que usaba Max para dormir. Te hará bien descansar.

—Lo haré. Ve a traérmelas, por favor.

—¿Te amedrenta entrar en la habitación de tu marido? —inquirió Bob, irónico.

—Bob, cuando esto termine, no quiero conservar nada que me recuerde lo pasado. Tú hablaste de emprender un viaje. Me parece una buena idea. Viajaremos hasta Sao Paulo, y remozaremos los viejos recuerdos de nuestra niñez.

—Algunas cosas no serán agradables de recordar, Madga. No fuimos muy felices allí.

—Lo sé, Bob. Éste será nuestro desquite. Salimos pobres y regresaremos ricos. La distinguida colonia norteamericana que nos despreciaba, tendrá que abrirnos paso y hacernos un lugar.

—Ellos no habrán olvidado. No importa que aparezcas resplandeciente de joyas. Para los que nos conocieron tiempo atrás, todavía somos unos impuros. Aunque en muy pequeña proporción,

había sangre de negro en las venas de nuestra madre. Nunca nos lo perdonarán. Max te quería, antes de saberlo. Cuando lo supo, todo cambió.

El brillo ilusionado de las pupilas de Madga Basehart se extinguió como empañado por un vaho frío. Era cierto que nunca había amado a Basehart, pero el desprecio de él, por razones étnicas, la había humillado más que cualquier desvío provocado por la afición, de Max de rodearse de mujeres jóvenes y bonitas. En realidad, él nunca había sido así. Todo había empezado el mismo día que supo que descendía, aunque de remoto tronco, de la despreciada raza de los negros.

Max aseguraba que no le perdonaba el engaño. Lo que no le perdonaba era que tuviera sangre impura. Por eso no quiso tener descendencia de ella.

—Puede que tengas razón, Bob —dijo Madga con voz opaca. Y suspirando añadió—: No, no volveremos a Sao Paulo.

—Lo siento —dijo Bob, dándole una cariñosa palmada en el hombro—. Hubiera preferido no tener que recordártelo.

Salió. Madga, que se había cambiado al amplio diván, encendió un cigarrillo con manos trémulas. Después de haber dado dos chupadas al cigarrillo, se arrancó de pronto el delgado cilindro de los labios y examinó la marca.

El cigarrillo era un «Magic *Play*», mezcla de tabacos selectos turcos y americanos, especialmente fabricados para Basehart. Madga tomó la caja de madera laqueada de la mesa, comprobando que todos los cigarrillos eran de la misma marca que sólo Max fumaba.

Al regresar Bob, poco después, con las tabletas, Madga le interpeló severamente:

—¿De dónde cogiste estos cigarrillos?

—¿Te refieres a los «Magic *Play*»? Los tomé del armario de Max. Él no se los fumará jamás.

—¿Estás seguro de que él no regresará?

—Sí, y tú deberías estarlo —también, para tu tranquilidad.

—Escucha esto, Bob. Te vi cuando derramabas intencionadamente el *whisky* sobre la tapa del piano. Esa forma de venganza es infantil… y peligrosa. Como saquear el armario de Max y ponerte a disfrutar de su tabaco, cuando todavía no sabemos si ha

muerto o va a aparecer en cualquier instante. ¿Es que no puedes esperar, siquiera un poco?

—No es tan importante, Madga. Sólo se trata de unos cigarrillos. Además, siempre los he fumado a escondidas —dijo Bennett con fastidio.

—¿Y qué me dices del piano?

—Admito que fue un acto estúpido. Lund pudo haberme visto, y tal vez sospechar de mí… pero el riesgo formaba parte del juego. Todo esto es un juego emocionante… o al menos lo es para mí. Pero estoy de acuerdo contigo. No debemos correr riesgos inútiles. No volverá a suceder.

Bob sabía, indudablemente, cómo manejar a su hermana. Madga quedó tranquila. Se tomó un par de tabletas, bebió un poco de soda, y anunció que iba a acostarse.

Las habitaciones de los Basehart eran contiguas, aunque no estaban comunicadas directamente entre sí. Madga pasó por el corredor, mirando aprensivamente la puerta de la habitación de Max, se metió apresuradamente en su propia alcoba, y cerró la puerta por dentro, echando el pestillo.

El mar mugía afuera, y el viento sacudía las persianas de las ventanas. Pero en la atmósfera tibia de aquella habitación, rodeada de los muebles y objetos para ella familiares, Madga Basehart se sintió a salvo de toda amenaza, confiada en la seguridad ilusoria que creaba en su ánimo el espesor de las cortinas y el grosor del vidrio que la separaba del frío, la oscuridad y el siniestro aullido del viento en el exterior.

Se desnudó y se acostó, tomando un libro al azar para distraerse mientras esperaba la llegada del sueño.

Aunque distraída continuamente, sin poder fijar su atención en las líneas del libro, la lectura sirvió, al menos, para fatigarle. Al hacer su efecto el somnífero que había tomado, Madga quedó insensiblemente dormida, el libro abandonado sobre la alfombra y la lamparilla encendida.

En el sueño que debió haber sido reparador, sin embargo, sólo encontró motivos de zozobra. Tuvo una pesadilla. Primeramente vio el mar; un mar enorme, dilatado y sin fin. Perdido en esta intensidad, solo, húmedo y frío, flotaba en alguna parte el cadáver de Max Basehart. Las corrientes, el viento y el oleaje le empujaban

de un lado a otro, pero el cadáver, obstinadamente, se impulsaba con una fuerza invisible, pugnando por ganar la orilla…

Madga lo veía con toda claridad. Veía a Basehart, con las ropas destrozadas, el vientre hinchado y los ojos espantosamente abiertos, dando grotescos tumbos como una boya libre de su amarra. Aunque muerto, había una sobrehumana fuerza en Max, que le hacía avanzar poco a poco. Hasta que exhausto y destrozado, con la carne colgando en jirones, el cadáver alcanzaba por fin la playa y levantaba sus ojos hacia las luces de la casa que se veía brillar en la oscuridad de la noche…

Madga despertó llena de angustia, respirando ahogada y entrecortadamente. La luz de la lamparilla seguía encendida, y, gracias a esta feliz circunstancia, no murió de terror mientras palpaba en la oscuridad buscando el interruptor.

Eran las cuatro de la madrugada. El viento parecía haber calmado, y sólo se escuchaba el rumor del oleaje al romper contra las rocas. Estaba empapada en sudor frío, y temblaba. Encendió un cigarrillo.

Había sido tan horrible la pesadilla, que se propuso mantenerse despierta para impedir su continuación, si de nuevo quedaba dormida. Tomó, para distraerse, el libro que al acostarse cogió para dormirse. Se puso un chal sobre los hombros.

Hasta casi la salida del sol estuvo dando cabezadas y despertándose, sobresaltada. El sueño la venció al fin, y quedó dormida profundamente, hasta que la despertó Guadalupe a las ocho.

Grandes y oscuras sombras rodeaban los ojos de Madga cuando se reunió con Bob, en el comedor. «Mystic» meneó la cola.

—No tienes muy buen aspecto esta mañana —observó Bob, aprovechando uno de los viajes de Guadalupe a la cocina.

—¿Qué aspecto esperas que tenga una mujer que ha pasado toda la noche en una horrible pesadilla?

—Tienes que dominarte, Madga.

La rolliza Guadalupe regresaba, y Bennett no dijo más.

Hasta que, al cabo de unos minutos, anunció:

—Voy a coger el auto para acercarme a San Diego. Es obvio que si se tuvieran noticias nos las habrían comunicado, pero visitaré al *sheriff*, de todos modos.

—Lleva mi auto —dijo Madga, pensando, sin duda, en el gusto de Robert por el veloz auto de Max.

El auto de la joven era uno de aquellos pequeños cochecillos europeos, tan en boga en los Estados Unidos. Robert salió en dirección a la ciudad, y Madga fue a cambiarse de vestido para dar un paseo por los alrededores de la casa. El perro la siguió, escaleras arriba, y fue a echarse ante la puerta de la habitación de Max, poniendo el hocico entre sus patas extendidas.

Cuando Madga salió de su habitación, el perro continuaba en el mismo lugar en idéntica paciente actitud de espera. Los nervios femeninos se encontraban en un estado de tensión tan extrema aquella mañana, que la silenciosa fidelidad de «Mystic», esperando al amo que no regresaría jamás, le impresionó profundamente.

—Aquí, «Mystic». Ven conmigo, vamos a pasear.

El perro nunca había mostrado particular afecto hacia Madga, tal vez porque vivía la mayor parte del tiempo lejos de ella, acompañando a Basehart en sus frecuentes giras artísticas alrededor del mundo. Sin embargo, «Mystic» entendió la palabra «pasear» y siguió a Madga con la cabeza gacha.

Al salir de la casa, ella se dirigió hacia el portillo de la media tapia, cruzó el camino de los sauces y escaló la senda del promontorio. Al sur de este promontorio, la costa formaba un entrante en forma de hoz, dando lugar a una abrigada ensenada, cuyo fondo era de limpia y fina arena.

Era aquí, en esta playa, donde Madga vio en su pesadilla al cadáver de Max saliendo del agua. Aquel sueño había influido de tal modo en la impresionable mujer, que ésta se detuvo al coronar la eminencia rocosa, estirando el cuello para atisbar sobre las rocas, temerosa de ver el cadáver de Basehart tendido en la arena.

Pero no había cuerpo alguno varado en la playa. La ensenada estaba desierta.

Mientras permanecía erguida sobre el promontorio, oteando la inmensidad azul del mar, Madga escuchó un «claxon» de automóvil.

Al mirar hacia la casa, vio, en efecto, un auto que se detenía bajo los sauces. Reconociendo el de Lund, abandonó su observatorio y descendió de nuevo hacia el camino, seguida del perro.

Después de preguntar en la casa, James salía por el portillo de la cerca, cuando el perro se lanzó ladrando a su encuentro. Madga se

acercó, temerosa, intentando adivinar, por la expresión de Lund, si éste era portador de alguna noticia. Pero el rostro del hombre no expresaba nada.

Siempre le había resultado un personaje enigmático este Lund. Bien de estatura, sin ser excesivamente alto, esbelto y deportivo, era la clase de hombre que a casi toda mujer le habría gustado tener por marido.

También Basehart era así, antes del grave accidente que le costó la pérdida de la vista y desvió ligeramente su columna vertebral. Pero excepto porque ambos tenían la misma edad, resultaba difícil encontrar un punto de semejanza entre caracteres tan opuestos. Max era, aunque temperamentalmente inestable, alegre y exaltado, ruidoso y vehemente. Por el contrario, Lund era un hombre serio, casi taciturno, y en el fondo algo amargado.

Como casi toda mujer, Madga era absorbente. Intentó apartar a Max de sus amigos. Y lo consiguió en la mayoría de los casos, aunque no en el de Lund.

Una de las principales objeciones de Madga, fue la de que Lund era pobre, poco brillante, y ocupaba una escala social muy baja, con respecto a las nuevas amistades de Basehart, que venían con frecuencia a pasar el fin de semana en la granja. También tenía la obsesionante manía de que Lund era un cínico que quería aprovecharse, y de hecho se aprovechaba de la amistad de Max.

Los ataques de Madga contra el viejo baluarte de la amistad entre los dos hombres eran repetidos y feroces, pero terminaron el día que, montando en cólera, Max le dijo, amenazador:

—Deja en paz a Lund. Él es mi amigo. No un conocido cualquiera como los que invitamos los fines de semana, sino un amigo de verdad.

Madga se batió prudentemente en retirada. Poco después, una carta de Sao Paulo advertía a Max Basehart que su mujer no era totalmente blanca. Hasta que ocurrió esto, Basehart no se había manifestado nunca abiertamente segregacionista. Trataba a los mejicanos que trabajaban en sus tierras como inferiores, pero sin encono ni malicia.

Luego todo cambió. La posibilidad de que un hijo suyo naciera negro, pareció enloquecerle. Le afectó el asunto tan profundamente, que el mismo día que recibió la carta, al acabar el peor de sus

conciertos, perdió el dominio del auto que conducía y se precipitó a ochenta millas por hora por un terraplén. Quedó ciego y tan gravemente herido, que los médicos no hubieran dado un centavo por su vida. Luego manifestaron que Max jamás volvería a tocar el piano.

Pero Basehart volvió a tocar, y la fama y los amigos que le habían abandonado volvieron a él para adularle. Solamente Lund, y Madga, aunque por razones distintas, permanecieron fieles al lado de Basehart cuando éste, ciego y truncada su triunfal carrera artística, parecía irremisible condenado al olvido.

Pero, contra los pronósticos más pesimistas, Max reanudó su carrera y de nuevo triunfó. Sin embargo, este triunfo, en condiciones tan difíciles, no le hizo mejor.

No fue ningún alto ni bello ideal lo que le sobrepuso a su desesperación y su amargura. Basehart nunca se acostumbró, ni se acostumbraría jamás, a su ceguera. Su falta de resignación hizo de él un hombre colérico, poco paciente en las contrariedades, despótico y cruel con los que le rodeaban. El éxito, los aplausos del público, las adulaciones, el dinero, eran toda su vida.

Por no renunciar a todo cuanto de prosaico amaba, Basehart se sobrepuso a su ceguera y fue un músico brillante. Pero aun así, no le perdonaba a la suerte su desgracia. Odiaba a todo el mundo. Detestaba a todo el género humano. A todos, menos a James Lund.

Madga Basehart todavía estaba preguntándose qué era lo que Max vio en aquél, distinto de todos los demás.

—Hola, Lund —dijo Madga—. Has tardado mucho. ¿Alguna noticia de Max?

—No. Tenía la esperanza de que aquí se supiese algo.

—Seguimos igual —suspiró, abriendo los brazos.

En este momento se escuchaba una bocina de automóvil. Un auto se detuvo al otro lado de la cerca, bajo loe sauces. Pero no era de la Policía. Tres hombres se apearon del vehículo y avanzaron hacia el portillo. «Mystic» corrió a su encuentro, ladrándoles con fiereza. Los hombres no se atrevieron a entrar.

—¡Eh, de la casa! —gritó uno de ellos.

—Entonces, debes estarle agradecida, porque pone…

Lund se acercó. Entonces vio que dos de los visitantes venían cargados con cámaras fotográficas.

—Somos de la Prensa —dijo uno—. Periodistas.

Lund les abrió el portillo, acariciando a «Mystic» mientras los periodistas pasaban. Los hombres de la Prensa rodearon a Madga y luego entraron con ella en la casa.

—Hasta otro día, amigo —dijo Lund al perro.

Poco después, viajaba hacia Los Ángeles en su auto.

CAPÍTULO V

Madga Basehart abrió los ojos, pasando sin transición del profundo sueño a la vigilia. ¿Quién la había llamado?

Despegó la mejilla de la almohada y quedó, boca arriba, los ojos abiertos de par en par, escuchando atentamente.

La alcoba permanecía a oscuras, pero había en ella una leve luminiscencia, procedente de la luz lunar, tamizada por las espesas cortinas de la ventana.

Nada, ningún ruido se escuchaba afuera, ni siquiera el rumor del mar cercano. Sólo de vez en cuando el chillido de una gaviota, y en la casa, el crujido ocasional del algún mueble y el roer de la carcoma en las viejas vigas de los altos techos. Luego, mientras Madga escuchaba, pareció cobrar fuerza el débil
tic-tac
del reloj despertador sobre el velador.

Madga se removió, inquieta, apartó las ropas de la cama y echó los pies sobre la alfombra, buscando al tacto las suaves zapatillas afelpadas. Echó mano a la bata, se envolvió en ella y tomó un cigarrillo.

Fumó sentada en el borde de la cama, presa de una inquietud enervante que acabó por obligarla a ponerse en pie e ir hasta la ventana.

Apartó la cortina y contempló el rápido deslizar de la luna entre las nubecillas blancas que se movían con el viento…

Quietud, sólo quietud y silencio, y sin embargo algo la desazonaba. Todavía no podía comprender qué era aquello que la arrancó bruscamente de su sueño. Fue como si una voz la llamara… pero ¿la voz de quién?

Se sorprendió esperando… ¡esperando! ¿A qué cosa? No lo

sabía, pero algo en su interior parecía decirle que pronto llegaría. Se acordó de Max, y sintió frío, un frío preternatural, erizante y profundo. Y de pronto… ¿qué era aquello, Dios? Una sacudida estremeció a Madga, mientras sus manos se crispaban sobre la cortina.

Estaba sonando un piano. Era el piano de conciertos de Max Basehart, abajo en el estudio. Primero quedamente, cobrando vigor y claridad, las notas del impresionante concierto «Sinfonía Espacial» flotaron en el espacio, penetrando en los lastimados oídos de Madga.

—¡No! —exclamó, aterrada—. ¡No es posible!

Estaba pensando de nuevo en Max. ¿Por qué siempre Max? La venta de discos y partituras de la «Sinfonía Espacial» había alcanzado un volumen sin precedentes en otra sinfonía de factura moderna. Cualquiera otra persona podía estar tocando aquella obra al piano, pero esto a Madga ni siquiera se le ocurrió. Un pensamiento la obsesionaba. ¡Era Max Basehart! Vivo o muerto, los dedos de Basehart estaban haciendo sonar el piano. Era aquélla su inconfundible manera de tocar.

Aún en medio de aquella confusión de ideas, Madga comprendió que era aquello lo que le había despertado. ¡Max estaba en el estudio, llamándola!

Moviéndose lentamente, rígida, y con los ojos desorbitados, cruzó la habitación, abrió la puerta y salió al pasillo. Al mismo tiempo se abrió otra puerta en el pasillo. Robert Bennett asomó, envolviéndose en el batín.

Tenía los cabellos erizados, y miró a su hermana con temor.

—¿Quién está allí abajo? —preguntó.

—Max —repuso Madga, sin detenerse—. Es Max, que ha vuelto.

—¡Imposible! —exclamó Bennett. Pero lo dijo sin convicción. Era poco probable que alguna otra persona que no fuera Max estuviera tocando el piano. Y si era él, entonces era que estaba vivo. Bennett no creía en aparecidos, y mucho menos en aparecidos que tocaban el piano con el depurado estilo que estaba escuchando.

Robert Bennett volvió a su habitación para buscar la pistola. Mientras tanto, Madga continuaba pasillo adelante hasta el rellano de la escalera.

En el mismo, un aplique de bronce en forma de candelabro, con

una pequeña bombilla y una pantalla, desentrañaba apenas las tinieblas, proyectando sobre el muro un cono de luz azulada.

El temblor que sentía en las piernas obligó a Madga a apoyarse en la barandilla, antes de decidirse a bajar. El *hall* estaba a oscuras. Madga buscó en la escalera el interruptor. Al oprimirlo, se encendió al pie de la escalera otro pequeño aplique en forma de candelabro que hacía juego con el del rellano superior.

Madga empezó a bajar la escalera. Seguía sonando el piano. Las notas impresionantes de la sinfonía parecían saltar en el aire como proyectiles de cristal, chocando dolorosamente en los tímpanos de la mujer. Aquella música terrible parecía tirar de ella con una fuerza irresistible, erizándole la piel y debilitándole la fuerza de sus piernas. Aturdida y sacudida por el miedo a lo desconocido, Madga no sabía ya para entonces si vivía por sí misma aquella terrible experiencia, o bien era víctima de otra espantosa pesadilla.

Como en una pesadilla, seguía adelante, escalón tras escalón, a pesar del miedo que sentía. Cuando llegó al *hall*, las notas del piano lo llenaban todo en arrebatador «*crescendo*». La puerta del estudio estaba ligeramente abierta, pero no había luz en el interior. La música salía de la oscuridad. Madga sitió el frío de una corriente de aire que hacía ondular su ligera bata y el casi transparente camisón que llevaba debajo. Se detuvo, a punto de caer desvanecida de terror.

—Espera —dijo a sus espaldas la voz crispada de Robert.

Aunque lo hubiese intentado, Madga no habría podido moverse, tal parecía clavada al suelo por el miedo. Robert pasó por su lado y se acercó a la puerta del estudio-biblioteca. En la mano derecha empuñaba una pistola. En la izquierda, una linterna.

La puerta, que estaba formada por dos grandes y pesadas hojas corredizas, dejaba una abertura de apenas veinte centímetros. Bennett metió el brazo y el hombro izquierdo por la abertura.

Lo primero que vio fue unos ojos que fosforecían en la oscuridad a nivel del suelo. Robert encendió la linterna *y* arrojó el haz de luz sobre los dos puntos fosforescentes. Estos dos puntos correspondían a los ojos de «Mystic», que estaba echado sobre la alfombra, con la cabeza entre las manos, como era característico en el perro cuando acompañaba a su amo.

Levantando el haz de la linterna, Robert iluminó al hombre que

estaba ante el piano. La luz brilló sobre los cabellos rubio-blanquecinos de Max Basehart. El rostro de éste era como una máscara de cera. Tenía los ojos abiertos y fijos, con la fijeza muerta de los ojos sin vida. Estaba de frente a la puerta, aunque a distancia de ésta, y movía la cabeza con energía, siguiendo los compases de su famosa sinfonía.

—¡Max! —gritó Bennett…

Luego desenfocó la linterna para empujar la hoja de la pesada puerta y entrar en el estudio, buscando el interruptor de la luz.

La música sonaba con estrépito, retumbando en el estudio con fuerza terrible. Bennett encontró el interruptor, lo oprimió y sonó un chasquido…

La luz se hizo, y en el mismo instante se interrumpió en seco la música. Las últimas notas de la interrumpida sinfonía quedaron vibrando en el aire… Bennett miró hacia el piano. ¡Max no estaba allí! Había desaparecido.

Mientras Bob quedaba paralizado por la sorpresa, el perro se había puesto en pie y echaba a correr hacia la puerta-balcón del fondo, que se veía abierta. «Mystic» desapareció en la oscuridad del patio como un fantasma, quedando revoloteando las tenues cortinas de gasa, a impulsos del viento.

—¿Es Max? —preguntó Madga, que había dado unos pasos hasta la puerta del estudio.

—Estaba aquí —dijo Bennett con voz insegura—. ¡Yo lo vi!

—¿Estás… seguro? —balbuceó ella, temblando de frío sobrenatural.

—¡Naturalmente que estoy seguro! —rugió Bennett. Avanzó rápidamente hasta el piano—. Estuvo sentado aquí. ¡Mira, puedes verlo por ti misma!

Madga avanzó por el amplio salón hasta el piano. Lo que Robert le señalaba era una mancha húmeda sobre el tapizado de la banqueta. También había manchas húmedas sobre la alfombra, y gotas de agua sobre el teclado.

—¡Bob, es agua! —exclamó Madga, retrocediendo aterrada, llevándose las manos a la blanca garganta.

—Lo parece. ¿Y qué? —preguntó Bennett.

—¡Max vino del mar!

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Salió del fondo del mar, como yo había soñado! ¡Bob, tengo miedo… tengo miedo, Bob! ¡Es él! —Madga se agarró a Bennett, clavándole las afiladas uñas en el brazo—. ¡Es un aparecido! ¡Bob, huyamos, él está en la casa! ¡Bob!

Bob la abofeteó, gritando:

—¡Vuelve en ti, estúpida! ¡Los muertos no vienen del fondo del mar a dar conciertos de piano!

Madga pareció volver en si de su ataque de terror. Bennett lanzó una maldición, se soltó de ella y corrió hacia la puerta balcón, con la pistola en 3a mano. Madga, así se vio sola en el enorme y frío estudio, dio media vuelta y echó a correr hacia el *hall*.

Subió las escaleras como una exhalación. Un instante después, entraba en el estudio de Robert, donde éste escribía sus novelas. Cerró con llave, corrió hacia el teléfono, y lo descolgó. Luego quedó indecisa. ¿Debía llamar a la Policía? ¿A James Lund? ¿A ambos, o mejor a ninguno de los dos?

Volvió a dejar el aparato sobre la horquilla, y se dispuso a esperar a Robert.

Mientras tanto, Bennett llegaba casi hasta el embarcadero de la caleta, donde esperaba encontrar al barco de Basehart u otra embarcación más pequeña. Pero la caleta aparecía desierta a la luz de la luna.

Un lejano ladrido por la izquierda le hizo volverse en aquella dirección. La luna iluminaba bien el promontorio, pareciéndole ver por un instante una figura que se destacaba sobre las rocas. ¡Max iba hacia la playa!

Maldiciendo en su interior, Bennett cambió de dirección, echando a correr hacia el promontorio. Éste resultaba de difícil escalamiento en las contigüidades de la caleta, lejos de la senda que quedaba más distante, a la altura de la casa. Por otra parte, Robert no estaba preparado para trepar por las rocas. Mientras corría hacia el embarcadero, había perdido una de las zapatillas. Al escalar las rocas, perdió la otra.

Descalzo, lastimándose la sensible planta de los pies desnudos, Bennett llegó resoplando y maldiciendo a la cima del promontorio. Desde allí pudo ver a alguien que se movía en la playa. El perro ladró de nuevo.

—¡Bien, te cogeré ahí! —dijo Robert en voz alta.

Para evitar de nuevo el suplicio de las cortantes rocas en las plantas de los pies, corrió en busca del sendero que descendía hasta la playa. Mientras bajaba por el sendero pudo ver a Basehart avanzando mar adentro con agua hasta la cintura. «Mystic» le seguía, dando ladridos.

Bennett alcanzo la ensenada y corrió por la fina arena hacia el lugar donde Max había entrado en el agua. Allí se detuvo, intrigado, presenciando como el fugitivo se echaba a nadar, seguido siempre del perro, que ya había perdido mucho antes el contacto con el fondo.

—¡Max, vuelve! —gritó, furioso.

Basehart no le oyó o no quiso escucharle. En unos segundos, Bennett le perdió de vista entre las olas. La resaca era muy fuerte y facilitaba la salida de la ensenada. También dejo de ver al perro.

Bennett llegó rápidamente a una conclusión. Tenía que haber por allí cerca un bote para recoger a Basehart y llevarle mar adentro hasta donde esperaba su barco u otro barco cualquiera. Si trepaba de nuevo hasta la cima del promontorio, seguramente vería a Max o al bote que le esperaba.

Volviendo atrás hacia la senda, Bennett escaló el promontorio y se dirigió por el lomo de éste hasta el extremo más avanzado del acantilado. Se asomó con precaución, registrando ávidamente la superficie del mar en cuanto alcanzaba la vista.

No descubrió barco alguno, ni lejos ni cerca de la costa. Pero mirando mejor vio al perro, que nadaba en círculos cerca del acantilado donde el mar rompía contra las rocas. Max tenía que estar por allí: Tal vez fue a ocultarse entre las rocas, esperando a que él se alejara para volver a tierra o esperar al bote, que no tardaría en llegar.

Robert se dispuso a aguardar. Mientras tanto observaría al perro, quien probablemente acabaría por denunciar el lugar donde su amo estaba escondido.

Pero «Mystic» parecía por lo menos tan desconcertado como Bennett, y después de nadar en círculo durante un rato, siguió a lo largo del promontorio para entrar en las aguas tranquilas de la caleta.

La resolución del perro de abandonar la búsqueda desconcertó a Bennett. Lo que ocurría no era natural. «Mystic» debería haber

llegado hasta donde su amo estaba agarrado a las rocas, permanecer con él; pero nunca alejarse como si realmente hubiese perdido su rastro. El perro iba nadando con Basehart. ¿Cómo pudo perderlo, a menos que su amo se hundiera en las-aguas frías de la ensenada?

En cuanto a Max, aunque buen nadador, era totalmente ciego. Robert casi lo había olvidado, atribuyendo a su cuñado la misma suerte de recursos que hubieran sido naturales en un hombre dotado del normal sentido de la vista.

Admitiendo que el perro le hubiera guiado hasta la playa, ¿cómo se las arregló para encontrar un escondrijo entre las rocas?

Echándole mucho valor a la gesta, Max pudo tal vez llegar a tientas hasta las rocas y agazaparse entre ellas. Pero más tarde, cuando alguien llegara a-recogerlo, ¿cómo se haría ver de sus ayudantes? ¿Les llamaría? ¿Encendería una linterna, tal vez?

Bennett esperó durante una hora. Al cabo de este tiempo, el frío y los nervios habían hecho estragos en él. Daba diente con diente y temblaba de pies a cabeza. Y en todo este tiempo, ningún bote a la vista, ninguna señal luminosa… nada que indicara que Basehart seguía allí y no se había ahogado como Bennett bien hubiera deseado.

El frío y los nervios pudieron, al fin, más que la paciencia de Robert Lanzando una maldición contra su cuñado, abandonó el promontorio y regresó a la casa.

En el *hall vio* a «Mystic» acurrucado sobre la alfombra, completamente mojado y temblando de frío. Robert subió hasta el piso superior. Un delgado rayo de luz salía por debajo de la puerta de su estudio. Probó con el picaporte, pero el pestillo había sido echado por dentro. Llamó, y Madga le abrió.

La imagen que Bennett encontró al regresar a la casa, era la de una mujer con los nervios hechos pedazos. Se notaba que había ingerido buena cantidad de *whisky*, tanto por el aliento como por su lengua estropajosa.

Al ver a su hermano, Madga se echó a llorar.

—Tómalo con calma, no hay para ponerse a subir por las paredes —le dijo Robert, irritado. Y cogió la botella de *whisky* de la mesita baja que estaba ante el diván.

—¿Era él, verdad? —preguntó Madga, conteniendo su llanto.

—No lo sé. Supongo.

—¿Supones, nada más?

—No le pude alcanzar. Me sacó mucha ventaja mientras yo corría hacia el embarcadero. Él se fue hacia la playa, se metió en el agua y no le vi más. Efe pensado mucho mientras estaba allá fuera, muriéndome de frío… llegué a pensar, incluso, que no era Max, y todavía no estoy seguro de que lo sea.

Bennett se sirvió en un vaso una generosa ración de *whisky*. Madga, que le observaba atentamente, protestó, casi indignada:

—Sólo hay una persona en el mundo capaz de interpretar la «Sinfonía Espacial» como Max lo hace… ¡él mismo! Tú le viste al piano…

Bennett se echó al coleto, de un trago, el contenido del vaso. Se pasó el dorso de la mano por los labios… y aquella mano temblaba. Esa misma mano tomó la dirección del teléfono y lo descolgó.

—¿A quién vas a llamar? —preguntó Madga.

—A James Lund.

—Yo estuve a punto de hacerlo.

—¿Y no lo llamaste? Es una verdadera lástima. Probablemente, él no te hubiera contestado.

—Bob, ¿qué es lo que estás pensando?

Bennett no contestó. Buscó en la libreta de direcciones, halló el número buscado, y lo marcó en el disco. Escuchó el ruido de la conexión, y a continuación el zumbido que indicaba que el timbre estaba llamando. A poco, alguien descolgó el auricular. Una voz soñolienta dijo:

—¿Diga?

—¿Eres tú, Lund?

—Sí. ¿Quién llama?

—Soy Bennett. Robert Bennett…

—¡Oh! —Con esta exclamación, el lejano interlocutor pareció espabilarse—. ¿Qué ocurre? ¿Hay noticias de Max?

—Sí. Él acaba de estar aquí.

—¿Cómo dices?

—Que Max estuvo en casa. Nos obsequió con un concierto de piano. Cuando íbamos a aplaudirle, se espantó, y salió huyendo…

—Bob, ¿estás bromeando?

—Yo, no, Pero alguien intenta burlarse de nosotros, y no es cosa que me haga pizca de gracia. Te sugiero que vengas cuanto antes.

—¿Dónde se encuentra Max ahora?

—No lo sé. Se metió en el agua… ¡y desapareció!

—Bob, ¿no puedes ser más explícito?

—No, por teléfono. Ven.

—¿Ahora? ¡Si son las dos de la madrugada!

—Estaremos levantados para cuando tú llegues. No creo que podamos dormir, después de las carreras de esta noche.

Bennett colgó el teléfono con brusquedad. La cólera y el *whisky* ingerido ponían rosetas de color en sus pálidas mejillas.

—Llegará hacia el amanecer —dijo, sin mirar a su hermana.

Y alargó de nuevo la mano hacia la botella de *whisky*.

CAPÍTULO VI

Lund llegó al amanecer. Desde la cocina, donde estaba haciendo unas tazas de café, Robert Bennett vio la luz de los focos del automóvil. «Mystic» le siguió por el pasillo, y luego, a través del *hall*, hasta la puerta principal. Al reconocer a Lund, el perro salió a su encuentro, lanzando cortos ladridos de contento.

James Lund, vistiendo una chaqueta deportiva, con pañuelo al cuello, vino, seguido del perro, hasta donde le esperaba Bennett.

—Hola, Bob —saludó Lund—. Casi no puedo creer la que dijiste por teléfono. ¿Es cierto que Max estuvo aquí anoche?

—Sí. O si no era él, al menos se le parecía mucho.

—¿Qué quieres decir con eso, Bob?

—Bueno, no me hagas mucho caso. Entra, acabo de preparar unas tazas de café. Madga se quedó dormitando en el sofá. Una hora de descanso le sentará bien, la pobre tiene los nervios destrozados.

Lund, siguió a Bennett hasta la cocina.

—¿Avisaste a la Policía? —preguntó Lund de pronto.

Robert se volvió a mirarle con la cafetera en la mano.

—No. ¿Para qué?

—Si Max está vivo, no tiene objeto que se le siga buscando por muerto. ¿No es así?

—Yo, en tu lugar, no me precipitaría. Considero que este asunto debe tratarse con calma.

—¿Por qué no empiezas contándome lo que ocurrió?

—De acuerdo, toma asiento —dijo Bennett, depositando la cafetera sobre la mesa de la cocina.

A continuación, relató el incidente de la noche. Bennett no era un escritor brillante, pero era imaginativo, y narró la historia como

la habría escrito, en sus menores detalles y por riguroso orden cronológico.

Aunque parecía asombrado, Lund no le interrumpió una sola vez. Sólo al final de la desconcertante histeria, exclamó:

—¡Bob, pero eso no es posible! Max tendría que estar loco para hacer una cosa así. ¡Lanzarse al mar! ¿Para qué? Al menos que su barco anduviera cerca…

—No había barco alguno en los alrededores.

—¿Lo miraste bien? ¿También detrás de la punta sur de la ensenada? ¿Y al norte del acantilado que cierra la caleta?

—No, no miré allí. Yo estaba descalzo y tenía mucho frío. ¡Y estaba furioso, Lund, maldición! Tuve que volverme a casa. Tal vez Max aprovechó entonces para nadar hasta el barco, o hacer señales luminosas con alguna linterna. No puedo saber lo que pasó.

—Bob, tú olvidas que Max está ciego. ¿Cómo pudo saber si te habías marchado, o permanecías todavía allí, a la espera? No es fácil para un ciego moverse en el agua. No es posible orientarse sin tener a mano algún punto de referencia. Ni siquiera Max podría hacerlo, aunque haya nadado mucho en esta costa cuando era niño, y conozca cada rincón con los ojos cerrados. ¿Estás seguro de que era él mismo, y no otra persona cualquiera?

—Era el propio Max quien tocaba el piano. Le vi perfectamente a la luz de la linterna. Además, ningún otro hubiera podido tocar como él lo hace. Pero he pensado en todo ello, y se me ha ocurrido una cosa. Pudo Max haber sido quien tocara el piano, y otra persona la que salió corriendo hacia la playa, mientras el verdadero Max iba tranquilamente a encontrarse con su barco, o con algún automóvil que le estaría esperando a cierta distancia, con las luces apagadas.

—Pero el perro se fue con Max, ¿no es cierto?

—Sí, y eso fue lo que me engañó, induciéndome a creer que era realmente él quien huía hacia la playa. Pero «Mystic» habría seguido también a otra persona que no fuera Max… si esa segunda persona le era tan conocida como Valdés… o tú mismo.

Bennett miraba fijamente a Lund al pronunciar estas palabras, y James le sostuvo con firmeza la mirada, preguntando:

—¿Por qué piensas que pude haber estado mezclado en esa estúpida broma? ¿Con qué objeto?

—El objeto que Basehart pueda perseguir con toda esta enrevesada mascarada, es algo que me ha hecho pensar profundamente.

—¿Y lo has adivinado? —inquirió Lund con fría ironía.

—Eso creo.

Bennett esperó a que el otro preguntara, pero las reacciones de James no siempre eran normales. Lund, sencillamente, se llevó la taza a los labios y sorbió con deleite el café. Bennett tuvo que continuar, irritado:

—Tú conoces tanto de la vida íntima de Max como de la tuya propia, así que no vamos a ir con engaños. Sabes que tu amigo buscaba desde hace tiempo la forma de divorciarse de mi hermana, y digo que lo sabes porque creo que tú mismo has estado ayudándole para que lo consiguiera.

—No es cierto.

—Al menos, le has aconsejado.

—También eso es mentira —repuso Lund secamente.

Bennett se puso en pie con tanta violencia, que hizo moverse la mesa y las tazas que estaban sobre ésta. Estaba pálido, y tenía los ojos inyectados en sangre al mirar a Lund.

—Te diré lo que pienso. La broma de la pasada noche no es tal broma, sino un descabellado intento de Basehart, encaminado a desequilibrar los nervios de Madga y hacer que la recluyan en un sanatorio psiquiátrico.

—Estás delirando. Max tendría que ser idiota si creyera que con unas cuantas apariciones y desapariciones iba a enviar a Madga a un manicomio.

—Pero es que Max trata de convencer a Madga de que realmente está muerto.

—¿Quieres decir que tu hermana cree en historias de aparecidos?

—¡Sí! —exclamó Bennett rotundamente, para rectificarse después—. Es decir, en cierto modo. Madga es una persona muy sensible, fácil de impresionar por cualquier cosa que se muestre ante ella con carácter de sobrenatural. Y Max lo sabe. ¿Quieres ver a Madga? Está excitada, convertida en un manojo de nervios. Desde que él desapareció, no ha tenido prácticamente un momento de descanso. De seguir así, se enfermará. ¡Y te apuesto lo que quieras,

Lund, a que Max repite esas apariciones absurdas hasta conseguir que los nervios de Madga salten como cuerdas de guitarra!

Lund guardó pensativo silencio mientras apuraba su taza de café. Bennett, de pie, le observaba en actitud vigilante.

—Realmente, Bob, no sé qué pensar —dijo, depositando la taza sobre el platillo—. Tal vez no conozca a Max tanto como yo creía. Esa forma de actuar presupone una mentalidad tortuosa… casi dijéramos diabólica.

—Max es así.

—No lo creo. Pero es posible que quiera jugar un poco sobre su supuesta desaparición en el mar… y eso no debemos permitírselo. Avisaremos a la Policía.

—¿Para qué? La Policía no querrá saber nada del asunto, si le decimos que Max está vivo. Pero, en cambio, se dará publicidad al caso… sobre todo si Basehart insiste en andar por ahí haciéndose pasar por un fantasma.

—Es verdad, esa publicidad no puede beneficiarnos a nadie. Di, entonces, ¿qué sugieres que hagamos?

—Este tonto asunto no debe proyectarse fuera de la familia. A lo sumo, podremos contratar algún detective particular para que nos ayude a buscar a Max. Él debe estar en alguna parte, y no demasiado lejos de este lugar.

—¿Tú crees que el barco de Max se hundió realmente?

La pregunta estaba comprendida dentro de la tónica general de aquella entrevista, y sin embargo afectó a Bennett. Éste no pudo ocultar la violenta crispación de sus músculos faciales, con el agravante de que Lund le estaba mirando fijamente.

—¿Qué… qué quieres? —balbuceó.

—¿Naufragaría de verdad el barco, o fingió Max el accidente para hacernos creer que fueron todos al fondo del mar? —preguntó Lund.

—¡Oh, te refieres a eso! Bueno, no sé qué decir. Lo más seguro es que el barco no se hundiera. Max fingió el naufragio… o tal vez el barco sufrió algún percance, alguna avería que puso en peligro la vida de sus tripulantes, y sugirió en Max la idea de hacerse pasar por muerto.

Lund quedóse contemplando su taza vacía.

—Sí, algo de eso debió ocurrir… —Se puso en pie—. Y ya que

estamos metidos de lleno en una investigación del estilo de las que tú escribes, me gustaría echar un vistazo a la playa.

Bennett asintió con la cabeza. Los dos hombres abandonaron la cocina, seguidos por el perro. Cuando cruzaban por el *hall*, todavía en semipenumbra, les detuvo la voz de Madga desde el rellano superior de la escalera.

Madga, sin medias, pero vestida, bajó por la escalera, apoyándose en el pasamanos. En su pálido y bello rostro, los pómulos se acusaban bajo la piel tirante. Tenía oscuras sombras alrededor de los ojos.

—Hola, Madga, buenos días —saludó Lund—. ¿Cómo te encuentras?

—Mal —repuso la mujer con voz opaca—. ¿Ibais a salir?

—Sólo hasta la playa —dijo Bob—. Hice café. Todavía lo encontrarás caliente en la cocina.

—Prefiero salir a tomar el aire. No os importará que os acompañe, ¿verdad?

Salieron juntos, el perro con ellos. El sol lanzaba sus primeros rayos sobre el tejado de la casa, despejando la bruma que se cernía sobre el mar. En el acantilado graznaban las gaviotas.

Cruzando el camino donde Lund había dejado estacionado su auto, escalaron el sendero hasta el lomo del promontorio. Desde allí otearon el mar, la caleta y la playa desierta. Bennett describió sobre el terreno, sus movimientos de la madrugada: una inútil carrera hacia el embarcadero, su cambio de dirección hacia el promontorio y su escalada con los pies descalzos.

—Veo huellas en la playa. Vamos a bajar —dijo Lund.

«Mystic» se anticipó al grupo, lanzándose el primero hacia la ensenada. Profiriendo cortos y guturales ladridos, cruzó la playa a la carrera y se metió en el agua hasta las rodillas, para seguir lanzando ladridos en dirección al mar.

Madga Basehart se detuvo, pegando un respingo.

—¿Qué te ocurre, Madga? —le preguntó Lund, viéndola pálida y temblorosa.

Bennett volvióse para lanzar sobre su hermana una aura mirada.

—El perro… —empezó a decir la mujer. Pero se interrumpió al sentir sobre sí la mirada de aviso de Robert.

Llegaron hasta la playa y, ya en ésta, Lund fue a inclinarse sobré

el reguero de huellas impresas en la arena.

—Éstas deben ser las mías. Yo iba descalzo —señaló Robert.

—Entonces, éstas fueron las de Max. También iba descalzo. Salió del agua… y volvió al mar casi por el mismo lugar. Esto es absurdo, Bob.

—¿Qué es absurdo?

—Que Max… o quien quiera que fuese, desembarcara llegando a nado hasta la playa. ¿No habría sido más sencillo desembarcar en la caleta?

—Olvidas algo importante, Lund —repuso Bennett con acento de burla—. Max tenía que hacernos creer que era un ahogado que venía directamente del fondo del mar. Él tuvo en cuenta todos los detalles, incluso éste de venir descalzo, húmedo y con las ropas hechas jirones… como correspondía a la imagen del espectro de un náufrago. Muy teatral, sólo que inútil.

Bennett se interrumpió para gritar, furioso, al perro:

—¡Ya basta de lloriqueos, «Mystic»! También tú eres un embustero. ¡Vámonos! ¡Vamos, ven aquí!

El perro agachó la cabeza y acudió junto al grupo, con el rabo caído.

—La marea subirá pronto y borrará estas huellas —observó Lund—. Tal vez fuera interesante conservarlas.

—No lo creo, más si fuera así, Max nos obsequiará pronto con otras.

—¿Quieres decir que volverá?

—Seguro. A menos, por supuesto, que desista de seguir representando su mascarada.

—¿Y… cuándo crees que se presentará de nuevo? —preguntó Madga, vacilando.

—Esta noche, o mañana, quizás. Pero también es posible que le encontremos antes. Vamos a desayunar, el paseo me ha abierto el apetito.

—Un barco y tres personas no pueden haber desaparecido sin dejar rastro —dijo Robert—. Max tiene que andar escondido por ahí. Necesitará dinero, así que tendrá que recurrir a los amigos de confianza o acudir al Banco.

—He estado pensando respecto al barco —dijo Lund—. Un barco del tipo del de Max sería fácil de enmascarar, sin nada más que

cambiarle el nombre y la matrícula. Hay muchos botes iguales en esta costa.

—Sí, hay muchos iguales o parecidos. Eso quiere decir que nos llevaría mucho tiempo recorrer todos los lugares de la costa donde pudiera estar atracado. Yo estaba pensando en la chica.

—¿La señorita Malcomb?

—Ella vivía en Los Ángeles. He visto su dirección escrita en alguna parte, probablemente en la libreta de direcciones de Max.

—Bien, empezaremos por ahí.

Media hora más tarde, el auto de Lund zumbaba por la carretera de la costa, adelantando a los camiones más rezagados de la larga caravana que, cada día al amanecer, iban a abastecer la ciudad de verduras frescas y pescado.

CAPÍTULO VII

En los accesos a la ciudad, Lund detuvo su auto junto a un puesto de periódicos para adquirir un par de ejemplares de las ediciones matutinas. Sobre el mismo auto desplegaron los periódicos.

La noticia de la desaparición de Max Basehart, publicada en las ediciones vespertinas del día anterior, había pasado a un lugar de segunda plana, cediendo el sensacionalismo a otras noticias de última hora.

En realidad, poco era lo que los periodistas podían añadir a lo que ya se sabía. La Policía y el Servicio de Guardacostas seguían buscando los restos del barco y los cuerpos de las presuntas víctimas.

—Buena noticia para los periódicos, si se diera publicidad a la aparición del fantasma de Max —comentó Lund, plegando el diario para empuñar de nuevo el volante.

—¿No estarás pensando hacerlo, verdad? —interrogó Bennett, sobresaltándose.

—Sería grotesco, ¿no es cierto? No, eso no le haría ningún favor a Max… ni a vosotros, por supuesto.

—Tú no pareces muy convencido de que Max se nos apareciera realmente anoche, ¿no es así?

—Yo no le vi, Robert.

—Viste sus huellas en la arena de la playa.

—Unas huellas nada más, ignoro si eran las de Max o de alguna otra persona.

—¿No pensarás que inventamos esa historia?

—Trato de encontrar una razón para que lo inventarais, pero no la veo. Tampoco alcanzo a comprender qué es lo que Max pretende conseguir con este juego absurdo de aparecidos.

—Te lo dije, James. Max quiere volver loca a Madga, o hacerla pasar por tal, cuando menos. Con Madga recluida en un sanatorio psiquiátrico, Basehart no encontraría demasiadas dificultades para conseguir el divorcio. Eso es lo que él busca, y nada más.

—¡Pero Madga no tenía por qué creer que Max es un aparecido! —exclamó Lund, quien añadió a continuación—. A menos que ella estuviera segura de que ha muerto.

Bennett sintió que la sangre se le helaba en las venas. Espió la expresión de Lund con el rabillo del ojo, pero su compañero, al parecer, no se había dado cuenta de su sobresalto.

—Madga no sabe si Max está muerto o vivo —dijo Bennett apresuradamente—. Supone que murió, del hecho de que no regresara, pero eso no es todo. Tendrías que conocer mejor a Madga para comprenderla. Es terriblemente supersticiosa. Aunque no resulte muy elegante admitirlo, la verdad es que ella cree en aparecidos y cosas por el estilo. Max lo sabía, y la mortificaba continuamente por ello.

—Fue un matrimonio bastante desigual el de Max con tu hermana, ¿no es cierto?

Bennett sintió que la sangre afluía a su rostro.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Nunca comprendí bien lo que ocurrió. Max debió sentir por Madga un amor delirante a primera vista. Tal vez, con menos precipitación, habría comprendido que no era la clase de mujer que más le convenía.

—Lo que estás queriendo decir es que, con más tiempo y una mejor información, Basehart habría descubierto que Madga no era una blanca pura.

—No era eso lo que quise decir, aunque, indudablemente, hubiera sido mejor para todos vosotros confesarle la verdad a Max, desde un principio.

Lund hizo una pausa, preguntando a continuación:

—¿Conoces la casa de la señorita Malcomb?

—No, nunca estuve allí. Pero traigo anotada su dirección.

Bennett, en efecto, sacó un papel doblado del bolsillo.

Entre otras muchas cosas, los habitantes de Los Ángeles presumían de que su zona urbana ocupaba la mayor extensión superficial de todas las ciudades de la Unión, incluyendo entre ellas

a Nueva York. Esto era debido a que los llamados barrios residenciales se habían extendido mucho en torno al centro comercial, donde estaban los edificios más altos destinados a oficinas y entidades bancarias.

Para localizar la zona donde se ubicaba la casa de la señorita Malcomb, en uno de los barrios residenciales extremos, Lund tuvo que parar el auto y orientarse sobre un mapa guía de la ciudad de Los Ángeles.

Después de recorrer varios kilómetros de avenidas casi desiertas, bordeadas de palmeras y acacias, Lund detuvo el auto junto al bordillo de la acera. La calle era la que buscaba, según la placa que figuraba en una de las esquinas.

—Ésa debe ser la casa —señaló James.

Un alto seto ocultaba casi por completo la casa situada al fondo del jardín. En el seto había dos puertas, una angosta de hierro forjado entre dos pilastras de ladrillo rojo, y otra más ancha, forrada de plancha metálica pintada de verde seguramente de acceso al garaje. Por encima del seto se veía el tejado rojo, del edificio.

En la pilastra derecha había un azulejo con un número. Este número coincidía con el que Bennett traía anotado en el papel. Bob se apeó.

Lund quitó la llave de la cerradura de ignición y se apeó a su vez, yendo a reunirse con Bennett sobre la acera. Éste acababa de descubrir un timbre encajado en la pilastra de ladrillo. También señaló la abertura de un buzón para correspondencia en la puerta de hierro.

—El nombre de la señorita Malcomb está en esa plaquita debajo del timbre —indicó Bennett.

—Vamos a llamar, a ver qué ocurre —dijo Lund, acercándose al timbre. Y lo pulsó.

A través de la puerta pudieron ver una casa rodeada de un jardín bastante descuidado, al fondo de un caminillo de losas, entre cuyas juntas crecía la hierba. La casa tenía un amplio porche a todo lo largo de la fachada. Por el estilo arquitectónico y los materiales de construcción empleados, en los que predominaba la madera, podía calcularse que había sido edificada hacía por lo menos treinta años.

Después de llamar por segunda vez al timbre, se abrió la puerta de la casa, y una mujer de unos cincuenta años cruzó el pórtico, viniendo hacia la puerta a través del jardín. La mujer vestía un guardapolvo gris y traía un pañuelo arrollado a la cabeza, todo lo cual parecía indicar que estaba dedicada a la limpieza de la casa cuando fue sorprendida por la llamada del timbre.

—Hola, buenos días —saludó Bennett—. ¿Es éste el domicilio de la señorita Malcomb?

—¿Son ustedes periodistas? —preguntó la mujer con desconfianza.

—No. Mi nombre es Bennett. Soy cuñado del señor Basehart, el hombre para el cual la señorita Malcomb trabaja como secretaria.

—¡Oh, seguro! Ya sé quién es el señor Basehart. ¡Pobre señorita Virginia, tan joven! ¿Es cierto que todavía no se sabe nada del paradero del barco?

—Así es, nada se sabe todavía, aunque no se han perdido todas las esperanzas de encontrar a sus tripulantes, vivos o muertos —repuso Bennett, el cual preguntó a continuación—. ¿Vivía sola en esta casa la señorita Malcomb?

—Completamente sola, señor. Desde que falleció su madre, y su hermano se casó. Yo soy la mujer de la limpieza. Cuando la señorita Virginia estaba aquí, yo venía a arreglar la casa todas las mañanas. Desde que tomó ese empleo de secretaria del señor Basehart, venía a limpiarle solo los viernes. Nadie retiró la orden de que siguiera haciéndolo, así que he venido hoy también, por si la señorita Virginia regresaba de un momento a otro.

—¿Podemos entrar?

La mujer les miró, como dudando. Fue Lund quien se apresuró a decir:

—Sinceramente, señora… hay pocas probabilidades de que el señor Basehart y la señorita Malcomb sean encontrados con vida. El señor Bennett representa en esta ocasión a su hermana, la señora Basehart. Existían cierta clase de relaciones entre la señorita Malcomb y el señor Basehart, que no deben trascender al público… Ya sabe usted, eso sólo perjudicaría a la memoria del señor Basehart y de la propia señorita Malcomb. En cualquier momento, la Policía puede venir a registrar la casa. No sabemos si hay cartas, fotografías u otra clase de recuerdos cruzados entre la señorita Malcomb y el

señor Basehart. Si usted nos permitiera echar un vistazo…

La buena mujer quedó al pronto confundida. Luego asintió y abrió la puerta.

—Pasen ustedes —dijo—. Todo está tal cual la señorita Virginia lo dejó.

Lund y Bennett cruzaron el jardín y entraron en la casa.

Ésta constaba de una sola planta, y era, en su interior, fiel reflejo de lo que por fuera indicaba. Salvo algunos muebles modernos, añadidos en fecha reciente, el mobiliario de la casa era antiguo, y estaba muy usado, aunque no mal conservado.

Un poco desordenadamente, ya que en realidad nada tenían que hacer allí, los dos hombres empezaron a moverse arriba y abajo, entrando y saliendo en las habitaciones. Sobre la mesa, en el recogido «*living*», había algunas cartas sin abrir. Una de ellas llevaba el membrete del Banco de Los Ángeles. Debían ser cartas que se recibieron en ausencia de Virginia Malcomb, y que la mujer de la limpieza había ido recogiendo del buzón.

Aprovechando un descuido de la mujer de la limpieza, Bennett cogió el sobre remitido por el Banco de Los Ángeles, y se lo metió en el bolsillo.

Poco después, los dos hombres se despedían de la mujer, agradeciéndole su colaboración. Bob esperó apenas hasta que el auto arrancó para sacar el sobre y rasgarlo.

—Es un aviso del estado de la cuenta de Virginia Malcomb. Hace sólo cinco días, ella tenía un saldo a su favor de quinientos veintiséis dólares —anunció Bennett.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Lund.

—Me pregunto cómo sería posible averiguar si ella retiró dinero de su cuenta durante los tres últimos días.

—Eso es imposible saberlo. Los Bancos no facilitan información sobre los movimientos de las cuentas de sus clientes, excepto en casos muy especiales, y siempre mediando una orden judicial.

—Pues te aseguro que yo lo he de averiguar. Tengo un amigo en ese Banco.

—Tu amigo no accederá a lo que tú quieres. Y si consiente, le meterás en un compromiso innecesario. ¿Qué importa si Virginia retiró dinero de su cuenta?

—Tengo que saberlo. Si Max está vivo, necesitará dinero para

desenvolverse. Por cierto, no me explico cómo no ha acudido a ti. Tú eres su mejor amigo.

—Sí.

—¿Y no le has visto… ni siquiera te ha llamado por teléfono? —insinuó Bennett, espiándole con el rabillo del ojo.

—Si Max hubiese acudido a mí, yo habría puesto fin a esta estúpida broma en el mismo instante. Puede que no me haya llamado por eso… o quizás porque sabe que nunca tengo dinero.

—Llévame al centro. Hablaré con mi amigo.

Durante un buen rato, los dos hombres permanecieron en silencio, hasta que finalmente Bennett preguntó:

—¿Regresarás conmigo a la granja?

—Por supuesto que si, si Max lleva a cabo otra de sus apariciones, quiero encontrarme cerca para cogerle de una oreja. Mi jornada de trabajo termina a las cinco. Podemos encontrarnos a las cinco y media en alguna parte, y regresar juntos a la granja.

—¿Te parece bien delante de los almacenes «Atkinson»?

—Correcto. Iré a buscarte allí.

Bennett se apeó ante el edificio del Banco de Los Ángeles, viendo como el auto de Lund se alejaba hasta confundirse entre el tránsito.

Bennett no entró en el Banco. No tenía ningún amigo allí ni consideraba verdaderamente interesante investigar el saldo de la cuenta corriente de Virginia Malcomb, aparte, naturalmente, de las dificultades que habría de encontrar para obtener estos datos. Su verdadero propósito era crearse una coartada. Necesitaba separarse de Lund y disponer de algún tiempo para realizar otra gestión de muy distinta índole.

Desde la puerta del Banco, Bennett se dirigió a un pequeño parque vecino. Empezaba a dejarse sentir el calor. Bajo la sombra de los árboles, Robert desplegó el periódico que todavía conservaba, y se entretuvo un buen rato examinando las páginas de anuncios.

Encontró lo que buscaba en la columna de «Varios», y, plegando de nuevo el periódico, salió hasta el borde del parque para tomar un taxi. Poco después, se apeaba del auto ante un edificio antiguo, en la zona vieja de la ciudad, próxima a los muelles. Entre las diversas placas del portal, encontró la que buscaba:

«Rice Knob, investigador privado»

El ascensor, en forma de jaula de pájaros, era tan vetusto y producía una serie de ruidos tan sospechosos, que parecía próximo a desplomarse de un momento a otro. Pero, a pesar de todo, logró transportar a Bennett a la planta deseada. Éste apretó un timbre y esperó hasta que salió a abrir una mujer de unos treinta y cinco años, vestida sin grandes pretensiones y sin más afeites que un poco de carmín espantosamente aplicado sobre unos labios delgados y algo duros.

A juzgar por la mirada de sorpresa que la mujer le dirigió a través de los cristales de sus lentes, debía ser cosa desusada que ningún cliente fuera por allí a encargar un trabajo.

—Me llamo Smitson —dijo Bennett—. Quisiera hablar con el señor Knob, si ello es posible.

La mujer le introdujo en un antedespacho oscuro y mal ventilado, en donde hacían perfecto juego una máquina de escribir de los años de Maricastaña, una mesa que recibió muchas manos de barniz y un viejo sofá con varios muelles rotos. La mujer desapareció por una puerta, escuchándose un breve siseo hasta que reapareció, invitando a Bennett a pasar al despacho del director.

Un hombre alto y delgado, con una frente ancha y abombada que se prolongaba en una calva lustrosa hasta casi la coronilla, se puso en pie detrás de una aparatosa mesa escribanía, tendiendo su mano a Bennett.

—Mucho gusto en conocerle, señor Smitson. Yo soy Knob; tome asiento, por favor.

Bennett se dejó caer en el amplio butacón que Knob le indicaba con un gesto.

—Me esforzaré por ser breve —dijo Bennett, aceptando el cigarrillo del investigador privado—. Leí su anuncio de ustedes en el periódico. Necesito que alguien realice por mí un pequeño trabajo… nada de verdadera importancia, aunque se trata de algo sumamente delicado… digamos muy confidencial.

—Puede contar con nuestra más absoluta discreción, señor Smitson.

Bennett extrajo del bolsillo interior de su americana una fotografía de James Lund, tamaño tarjeta.

—Quiero que se fije bien en el rostro de este hombre —dijo, tendiendo la fotografía a Knob.

—¿Quién es?

—Su nombre no importa… al menos de momento.

—Bennett se incorporó a medias para rescatar la fotografía, que guardó de nuevo en el fondo de su bolsillo. —Quiero que usted, o el hombre que usted delegue para llevar a cabo este trabajo, sigan a esta persona como su propia sombra, sin perderle de vista un solo instante.

—¿Sólo eso?

—Naturalmente, quiero que ustedes me tengan al comente de lo que nuestro hombre hace en cada momento. Por ejemplo, yo llamaré cada hora por teléfono a esta oficina para enterarme de las novedades ocurridas en ese transcurso de tiempo.

—¿Dónde encontraremos al hombre?

—Yo le voy a acompañar hasta el lugar donde seguramente tiene estacionado su coche. —Bennett echó mano a la cartera, sacando de uno de sus compartimientos cinco billetes de a cien dólares nuevecitos—. Para cubrir los primeros gastos, ¿serán suficientes quinientos a cuenta?

Knob palideció al ver aquella suma de dinero. Sus ojos se abrieron, desorbitados, quedando momentáneamente privado del habla. Su emoción, sin embargo, no le privó del movimiento. Apresurándose a tender la mano y coger los billetes, dijo, tragando saliva:

—¡Oh, por supuesto… que serán suficientes! Le extenderé un recibo…

—No es necesario —repuso Bennett con displicencia, poniéndose en pie, como hombre acostumbrado a tratar con esta clase de minucias—. ¿Se encargará usted mismo de este trabajo?

Bennett estaba seguro de que Knob y su secretaria esperpento eran «toda» la agencia de detectives. No obstante, fingió creer que Knob hacía especial deferencia con él, diciendo:

—Naturalmente, no permitiría que ninguno de mis detectives se ocupara de algo que es para usted tan importante.

—¿Tiene usted auto?

—Lo tengo aparcado en la calle, frente al edificio.

Knob cogió de la percha un sombrero ligero de paja tostada, y siguió a su cliente fuera del despacho.

—Llamaré por teléfono de tiempo en tiempo, comunicándole

cada vez un recado que usted deberá dar al señor Smitson cuando él llame a su vez —dijo Knob a la secretaria—. No abandone la oficina bajo ningún pretexto, ni siquiera para almorzar.

La asombrada secretaria vio salir a su activo jefe, sin acertar a formular una protesta. Knob, en efecto, tenía su auto estacionado ante el edificio. Bennett le dio la dirección de la calle donde se encontraban las oficinas de la Compañía
«Butler & Grinell».
Durante el trayecto, Robert guardaba pensativo silencio, actitud que Knob respetó, recordando los cinco billetes nuevos que llevaba en la cartera.

Después de pasar ante la puerta principal del edificio, sin haber visto el auto de Lund, Bennett ordenó al detective dar la vuelta a la manzana para alcanzar el patio de estacionamiento de la parte posterior.

Los talleres y oficinas técnicas de la Compañía
«Butler & Grinell»
ocupaban toda la manzana. Por la parte posterior, el gran patio de la fábrica estaba cercado por una alta alambrada, quedando una amplia puerta para camiones guardada por un vigilante. Un cartel, situado en lugar bien visible, advertía, en grandes caracteres, de la prohibición de entrar a los vehículos y personal ajenos a la empresa.

Rodando a poca velocidad por la parte exterior de la alta cerca de acero, Bennett iba pasando revista a la larga fila de automóviles estacionados en batería al otro lado de la valla.

—Vea aquel «cupé» blanco marfil —señaló Bennett—. Ése es el auto del amigo a quien debe vigilar.

—Correcto, anoté la matrícula mentalmente —dijo Knob, en un alarde de buena retentiva—. No se me escapará.

—En eso consiste su trabajo —repuso Bennett—. Llévame al final de la calle, y me apearé.

Poco después, Robert se apeaba del auto en la esquina de la manzana contigua a la fábrica.

—Llamaré regularmente a su oficina cada hora —advirtió el novelista.

—De acuerdo, la señorita Cowell le transmitirá cualquier recado que haya.

Knob puso el auto en marcha, y Bennett continuó por la acera,

hasta que una cuadra más allá encontró un taxi desocupado.

CAPÍTULO VIII

Durante el resto de la mañana, hasta casi el mediodía, Robert Bennett estuvo andando de un lado a otro de la ciudad, haciendo preguntas aquí y allá, siguiendo el intrincado rastro de cierta señorita MacIntire.

Tan ocupado estuvo toda la mañana, que ni siquiera tuvo tiempo de telefonear a la oficina de Knob.

Lena MacIntire, por lo que Bennett pudo deducir, debía ser una muchacha de carácter muy inquieto. Varias veces había cambiado de domicilio y empleo en menos de un año, y nadie parecía saber dónde vivía actualmente, en el último lugar donde preguntó.

—Creo que estaba trabajando en una de esas agencias de viajes de la calle Carpenter. Llevaba uniforme como de azafata, pero no volaba —le informó la portera del edificio de apartamientos donde Lena había residido últimamente.

Con aquella pista, y utilizando sus dotes de detective, Bennett pudo al fin encontrar a la señorita MacIntire en una agencia de cierta compañía aérea. Lena no demostró sentir la menor alegría al reconocer a Robert. Sin embargo, no debían ser malos todos los recuerdos que conservaba del tiempo en que convivieron con frecuencia en la granja de Basehart.

Lena MacIntire era una buena moza; alta, joven, guapa y dotada de otros muchos encantos. Le sentaba muy bien el uniforme azul de azafata, Bennett no tuvo reparos en admitirlo para su fuero interno, ahora que podía verla sin sentir encono ni rencor.

—Hola, Lena. ¿Te acuerdas de mí? —preguntó, apoyándose en el mostrador.

Lena hizo una mueca.

—Mejor preferiría no acordarme —murmuró.

—¿Sabes lo de mi cuñado?

—¿Te refieres a Basehart? Sí, leí en el periódico que había desaparecido con su barco. ¡Ojalá se encuentre a estas horas en el estómago de un tiburón! No tengo por qué ocultarlo. Le detestaba, y también a ti. Me acuerdo muy bien que hiciste todo lo posible para echarme del lado de Max. Y lo conseguiste.

—No fui yo, Lena. Aunque con ello trataba de proteger los intereses de mi hermana, todos mis deseos por echarte de junto a mi cuñado de nada habrían servido. Fue el hastío de Basehart quien te echó, luego que él se hubo cansado, de ti.

—¡El muy cerdo! —dijo Lena, entre sus dientecillos rechinantes —. ¡Hacerme eso a mí! ¿Quién se figura que es él?

—Ya nadie, Lena. Basehart, seguramente, ha muerto. No era un hombre virtuoso, pero era mi cuñado, y tengo que tomar algunas medidas para proteger a mi hermana.

—¡Oye! ¿Qué quieres decir con eso de protegerla? —Exclamó Lena, recelosa.

Pero su actitud airada debía haber sido notada por uno de sus jefes, el cual se acercó, preguntando qué ocurría… Lena trató de sonreír, asegurando que nada malo ocurría. El jefe, entonces, preguntó si Bennett era un cliente o sólo un amigo.

—Sí, es un amigo —confesó Lena.

—Dele una cita para tomar el *lunch* juntos, es una sugerencia —dijo el encargado del personal secamente. Y se alejó.

Lena miró, irritada, a Bennett. Éste, no obstante, no se dio por aludido.

—¿Tardarás mucho en dar de mano? —preguntó.

—A la una.

—Te espero en la calle.

—Mejor hazlo en el restaurante de la esquina.

—¿No dejarás de venir, supongo? A tu jefe no le caería muy bien verme de nuevo por aquí.

Lena hizo una mueca de irritación, y Bennett salió a la calle, sonriéndose. Fue entonces cuando recordó que llevaba muchas horas sin noticias de Knob. Marchó aprisa hacia el restaurante, y ocupó la «cabina» telefónica, llamando a la oficina del detective.

La señorita Cowell contestó al teléfono.

—¡Ah, es usted, señor Smitson! —dijo la secretaria, después que

Bennett se dio a conocer por su falso nombre—. El señor Knob acaba de llamar desde Santa Mónica. Según dijo, había llegado hasta allí, siguiendo al hombre que tiene bajo su vigilancia. El señor Knob telefoneó desde el puesto. Dijo que volvería a llamar más tarde, pues el hombre había subido a bordo de un barco, y él temía que se marchase mientras estaba ocupado con el teléfono.

—¿Eso fue lo que dijo?

—Sí, señor. Eso fue todo.

—Gracias, llamaré más tarde —murmuró Bennett. Y colgó, muy pensativo, el teléfono.

¿De modo que Lund se había apresurado a correr a Santa Mónica, casi tan pronto como le dejó? ¿Y había ido hasta el puerto, y visitó a alguien a= bordo de un barco?

Bennett rechinó los dientes, rabioso. Siempre había sospechado de Lund. En realidad, resultaba difícil concebir que Basehart urdiese una treta como aquélla, sin recabar la ayuda de su mejor amigo.

Todavía se encontraba Bennett removiendo sus negros pensamientos, cuando llegó Lena MacIntire y fue a sentarse a su mesa.

—El jefe me endosó una regañina —dijo la muchacha—. Todavía no acierto a adivinar qué cosa es la que has venido buscando.

—No es importable para ti. ¿Recuerdas las memorias que Basehart empezó a escribir cuando tú eras su secretaria?

—Claro que sí. Llevaba un montón de folios escritos cuando desistió de continuarlas. Al fin, todo el trabajo fue en vano.

—Recuerdo que Max habló alguna vez de continuar sus memorias. Un par de veces, por lo menos, me dijo: «Robert, un día de éstos te dedicarás a buscar a Lena MacIntire: Ella se llevó todos los apuntes sobre las memorias que pensaba escribir».

La señorita MacIntire se puse ligeramente colorada. Antes de hablar, dio muestras de vacilación, decidiéndose al fin.

—Todavía conservo esos apuntes —confesó—. Pero te costará algún dinero recuperarlos.

—¿Por qué? —inquirió Bennett incisivamente.

—Bueno, yo… seguí trabajando sobre las notas de Basehart después que me despidió. Más de la mitad estaban en taquigrafía… ¡y me llevó muchas horas traducirlas y ponerlas en limpio!

—Está bien, ¿cuánto me va a costar?

—Mil dólares.

—Estás loca.

—Recuerda que hay muchas cosas confidenciales escritas en esas hojas. Ahora que Basehart ha muerto, sus memorias pueden tener un valor extraordinario. Por ejemplo, si se las diera a alguno de mis amigos periodistas…

—Tú no harás eso. No puedes dar a la publicidad un escrito de otra persona. Te acusarían por fraude.

Lena consideró con abatimiento las palabras de Bennett.

—De acuerdo —dijo—. Me conformaré con quinientos.

—Te conformarás con cien —respondió Robert, poniéndose, en pie.

Ella le miró, levantando sus asustados ojos.

—¿Adónde vas?

—Querrás decir que vamos. A tu casa a buscar esas notas ahora mismo.

—Pero si todavía no he almorzado… Y mi apartamiento queda bastante lejos de aquí.

—Tomaremos un taxi. Vamos, andando. —Bennett asió a la muchacha por un brazo, obligándola a ponerse en pie para empujarla a continuación hacia la calle.

Un taxi les llevó en pocos minutos hasta la puerta del edificio al que Lena se había mudado recientemente. Bennett esperó dentro del taxi, mientras, ella subía al piso. No tardó ella en bajar, y cuando lo hizo traía en las manos una carpeta de tapas azules, bastante abultada.

—Llévenos de nuevo al lugar donde nos tomó —ordenó Bennett al conductor del taxi.

Al arrancar el vehículo, Robert alargó la mano para coger la carpeta, pero Lena MacIntire la escondió a sus espaldas.

—Creo que hablamos algo acerca de cien dólares —recordó.

Bennett refunfuñó, echando mano de la cartera. Le dio los cien dólares prometidos, y cogió la carpeta. La mayor parte de aquellos apuntes habían sido registrados de viva voz de Basehart en un magnetófono. Su secretaria los tomó taquigráficamente para traducirlos más tarde, pero Bennett creía recordar haber escuchado algún retazo de la grabación donde su cuñado recordaba su

infancia, con sus correrías por la costa, a la busca de tesoros, en compañía de Lund.

Mientras el taxi corría por las calles de la ciudad, Bennett hojeó los folios mecanografiados, mas aunque encontró el pasaje donde Basehart hablaba de sus recuerdos de la infancia, el taxi llegó a su destino sin darle tiempo a seguir buscando.

Acompañó a Lena hasta el restaurante, que en su ausencia se había llenado de público. Dejando a la muchacha con el encargo de que buscara mesa, Robert se encerró en la «cabina» telefónica para llamar de nuevo a la oficina de Rice Knob.

La señorita Cowell acababa de recibir una llamada de Knob, y le leyó la nota que había tomado al dictado por teléfono:

> «El hombre que andamos siguiendo tomó el auto gris a las diez y treinta minutos, repostó de gasolina en una estación de servicio en los accesos de la ciudad y enfiló la autopista de la costa hasta Santa Mónica. Una vez en esta ciudad, se dirigió sin vacilaciones al muelle, sacó del auto una maleta y pasó a bordo de un barco de recreo. Un hombre de unos cincuenta años, moreno, con aspecto de mejicano, le recibió a bordo de la embarcación. El hombre del auto desapareció en el interior de la "cabina" del barco. Se trataba de una embarcación de tipo deportivo, con vela y un motor auxiliar de gasolina. El barco estaba pintado de blanco y azul, parecía bastante usado, y llevaba por nombre "Lake Walpello". Knob fue a telefonear, regresando a tiempo de ver a su hombre cuando cruzaba la pasarela del barco, saltando a tierra. Volvió a tomar su auto y regresó a toda velocidad a Los Ángeles. Cuando Knob trasmitía este mensaje, vigilaba al hombre desde la "cabina" telefónica del restaurante donde aquél estaba almorzando».

—Eso es todo, señor Smitson —concluyó diciendo la señorita Cowell—. ¿Quiere que le transmita algún recado en especial al

señor Knob, cuando éste vuelva a telefonear?

Bennett, con el auricular pegado al oído, tardó en contestar. Tardó tanto que la señorita Cowell repitió su pregunta, temiendo, tal vez, que el falso señor Smitson no hubiese entendido bien.

—Dígale al señor Knob que abandone la persecución de ese hombre —dijo Robert, adoptando súbita decisión.

La señorita Cowell fue ahora quien temió haber oído mal.

—Que deje de seguir al hombre, eso es todo —repitió Bennett—. Ya no es necesario; dele las gracias al señor Knob, de todos modos.

Al abandonar la «cabina» telefónica, Robert Bennett sentía, por primera vez en varios días, que pisaba sobre terreno firme. No tomó ninguna decisión en aquel momento, pero la presentía cerca en su subconsciente.

La hora escasa de que disponía Lena para almorzar se había ido casi entera en el viaje hasta su apartamiento y regreso. La muchacha tomó una cerveza y un emparedado, y se marchó apresuradamente. Bennett quedó a solas con sus pensamientos, en el restaurante que se iba vaciando rápidamente.

Comió poco y con desgana. Mientras tomaba café, volvió a hojear los apuntes mecanografiados, en aquella parte donde Max Basehart hacía historia de los recuerdos de su infancia.

Retazos de aquel relato le eran familiares a Robert. No tenía mala memoria, allí estaba lo que buscaba. Max seguía describiendo sus juegos de niño en compañía de su amigo inseparable, James Lund. La mayoría de estos juegos habían tenido por escenario la costa próxima a sus granjas, con sus pequeñas ensenadas, sus caletas y sus rocas acantiladas, donde unas veces iban a nadar, otras a practicar la pesca submarina o a jugar a contrabandistas y piratas.

«Teníamos nuestro refugio secreto en una gruta del acantilado, frente a la casa de Lund. No era sino un agujero en las rocas, comunicado con el mar por un túnel natural…».

Bennett se sonrió mientras cerraba la carpeta. ¡Una cueva bajo el acantilado, comunicando con el mar! Esto podía explicar de una vez la misteriosa desaparición del «espectro» de Basehart cuando nadaba aguas afuera de la ensenada, seguido por el perro. Un buen nadador podría fácilmente llegar hasta la gruta, si el paso submarino era suficiente ancho para dar cabida a un hombre, permaneciendo escondido en la cueva tanto tiempo como fuera

necesario.

Lund era un estupendo buceador, y conocía la entrada secreta de la gruta, pero se encontraba en Los Ángeles la noche en que Basehart se apareció.

—«Tuvo que ser Valdés. Él pudo hacerlo perfectamente» —se dijo Bennett.

Valdés debía ser el hombre moreno con aspecto de mejicano que Knob había visto en Santa Mónica, recibiendo a Lund a bordo de un barco de recreo. Basehart y Virginia Malcomb debían encontrarse en el interior.

Robert llamó a la camarera, pagó su cuenta y salió a la calle. Su propósito era liquidar aquel maldito asunto de una vez, y a tal efecto su línea de conducta era simple.

Sólo tendría que presentarse a bordo del «Lake Walpello», coger a Basehart por el cuello y decirle lo que pensaba de él y de su sucia y ridícula estratagema. Luego le obligaría a acompañarle a la granja, para que Madga supiera de una vez que el gran farsante estaba vivo.

Un taxi le condujo en media hora hasta el puerto de Santa Mónica. Recorriendo lentamente los mueles, Bennett fue mirando entre los numerosos barcos de recreo, aunque sin encontrar el que buscaba.

Después de haber recorrido todo el perímetro del puerto, decidió indagar entre el personal que trabajaba sobre un yate de buen porte en las instalaciones de un varadero. Un hombre le atendió amablemente.

—Sí, trabajo aquí —dijo el hombre.

—¿Sabe usted de un barco llamado «Lake Walpello»? Estaba fondeado en este puerto al mediodía, pero no puedo encontrarlo.

—Amigo, el barco que usted busca largó velas hace más o menos una hora.

—¿Está seguro?

—¡Claro, estaba amarrado en ese muelle que usted ve! Es un barco bastante viejo, aunque recientemente le equiparon con un nuevo motor «diésel».

—¿Quién es el dueño de ese barco?

—El «Lake Walpello» es de la Compañía Wiechmann. Tienen cuatro o cinco, que suelen alquilar para excursiones de pesca.

Bennett dio las gracias, y regresó en busca del taxi. Pero algo le picaba en la curiosidad, y era saber a nombre de quién se había alquilado el «Lake Walpello». Con todo, acaso se hubiese retirado sin hacer más indagaciones, a no ser por la circunstancia de que la casa propietaria del barco anunciaba en el mismo muelle sus actividades, al tiempo que su dirección en Santa Mónica.

Bennett se hizo conducir hasta la oficina de la compañía, encontrando un despacho reducido, atendido por una sola señorita.

—Tengo un negocio de artículos deportivos en esta ciudad. Le vendí un aparejo de pesca a un hombre que dijo poseer un barco llamado «Lake Walpello», pero fui a cobrarle al muelle, y encontré que el barco había zarpado —explicó Bennett—. ¿Podrían indicarme en esta oficina la dirección de la persona que alquila el barco?

La muchacha abrió un fichero, extrajo una ficha y dijo:

—El barco fue alquilado por míster James Lund, con domicilio en Allerton doscientos once, Los Ángeles.

—Muchas gracias, eso era todo.

—¿Cómo dijo que se llamaba usted?

—No tiene importancia —repuso Bennett con una sonrisa. Y abandonó rápidamente la oficina, antes que la joven pudiera hacerle otras preguntas comprometedoras.

Regresó al taxi.

—Volvamos a Los Ángeles —dijo al conductor.

Durante el viaje de regreso, sintió de súbito el chispazo de la inspiración. Se preguntó qué ocurriría, por ejemplo, si el «Lake Walpello» desapareciera aquella noche o a la noche siguiente, en iguales circunstancias misteriosas que el barco de Basehart.

La idea era tan atractiva, que Bennett no pudo apartarla de sí, aunque el viaje de vuelta a Los Ángeles resultó demasiado corto para terminar con detalle el esbozo del plan que sentía cobrar forma en su mente.

Eran las tres y unos minutos de la tarde cuando se apeó del taxi, en el centro de la ciudad. Lo primero que hizo fue buscar un teléfono público y llamar a las oficinas de la Compañía
«Butler & Grinell»,
preguntando por Lund. La señorita encargada de la centralilla le comunicó con el despacho de James.

Lund contestó al teléfono.

—Hola, Robert. Celebro que llamaras. Siento decirte que no podré pasar a recogerte por lo menos hasta las siete de la tarde. Debo terminar sin excusa un trabajo que llevo entre manos, aquí en la oficina. Espero que la hora no sea demasiado tarde para ti.

—Sí lo es. Madga estará sola demasiado tiempo. Voy a tomar un taxi y regresar a casa por mis propios medios.

—Bueno, en tal caso, voy a desistir de ir a la granja esta tarde, a menos que lo consideres absolutamente necesario.

—No importa, James. Después de todo, es muy posible que esta noche no tengamos representación. No dejes de venir mañana.

—Seguro que no faltaré.

—Hasta mañana, pues.

—Adiós, Robert.

Bennett colgó el teléfono con una sonrisa de satisfacción.

Lo que Bennett ignoraba, sin embargo, era que en el otro extremo de la línea colgaba el teléfono un hombre llamado Gary Allerton. Apenas había depositado Allerton el teléfono sobre la horquilla, cuando volvió a sonar de nuevo.

Gary tomó el aparato.

—¿Es usted, señor Allerton? —interrogó la voz de la señorita encargada de la centralilla—. Nunca sé cuándo contesta usted o el señor Lund.

—Es verdad, a mucha gente le pasa lo mismo. Tenemos la voz muy parecida, al menos por teléfono —repuso Allerton, riendo.

CAPÍTULO IX

Eran las seis y media de la tarde cuando Robert Bennett se apeó del taxi, bajo los sauces. Robert pagó al taxista y, cargando con los dos abultados paquetes que traía, traspuso la cerca de piedra y llegó hasta la casa.

Llamó a Madga, pero fue Guadalupe quien apareció.

—¿Dónde está la señora? —preguntó Robert.

—No ha regresado todavía, señor. Un auto de la policía vino a buscarla, después del almuerzo, para llevarla a la ciudad.

Bennett sintió una ligera opresión en el estómago.

—¿Un auto de la policía? —murmuró—. ¿Con qué pretexto la llevaron?

—Parece que encontraron un cadáver, el de la señorita Virginia. Eso fue lo que oí. El *sheriff* quería que la señora identificara el cuerpo.

Bennett tomó la escalera, subiendo a su habitación. Estaba preocupado. Sin que existiera, tal vez, razón alguna que apoyara sus suposiciones, siempre había creído que los tres tripulantes del barco consiguieron salvarse.

Con Virginia Malcomb muerta, el grotesco caso de las apariciones de Basehart adquiría nuevos y sombríos tintes. En verdad que la sola intención de Max de hacer enloquecer a su esposa, fundándose en unas sospechas no demostradas de su culpabilidad en el hundimiento del barco, eran demasiado pueriles.

La diabólica trampa de Basehart iba más lejos que todo esto, pues con Virginia Malcomb muerta en el siniestro, la acusación contra Madga podía pasar de un simple abortado intento de asesinato, a un crimen real, con una víctima verdadera. He aquí, pues, la razón de las tentativas de Max para aterrorizar a su mujer y

forzarla a una confesión, con la que firmaría su propia sentencia.

Por primera vez en varios días, Robert Bennett sintió auténtico miedo. Y lo más irritante de todo era que este miedo se lo provocaba Basehart, un ser aborrecido y despreciable, sin imaginación y sin mérito alguno.

Tomó el teléfono y marcó el número de la estación de policía de San Diego.

—Soy Robert Bennett —dijo en respuesta a la voz que preguntaba desde el otro extremo de la línea—. Quisiera hablar con el *sheriff*, si ello es posible.

Instantes después, el propio Mac Gregor se ponía al aparato.

—¿Sí?

—Soy Bennett. Acabo de regresar a casa, y me dicen que un auto patrullero vino en busca de mi hermana, la señora Basehart.

—¡Oh, sí! Así es, en efecto. Se trataba de cumplir una simple formalidad. Un barco del Servicio de Guardacostas rescató en alta mar el cadáver de una mujer. Pensamos que podía tratarse de una de las víctimas del barco desaparecido, y fuimos a buscar a la señora Basehart para que viniera a identificar el cadáver. En efecto, se trata de la señorita Virginia Malcomb.

Bennett tuvo que tragar saliva, haciendo un esfuerzo para serenar su voz antes de preguntar:

—¿Y mi hermana? ¿Sigue ahí la señora Basehart?

—No, claro que no. Un auto de la policía la llevó de vuelta a casa… Debe estar para llegar, de un momento a otro.

En este momento sonaba bajo la ventana del estudio una bocina de automóvil. Bob quedó escuchando, diciendo a continuación:

—Creo que llega en este instante. Disculpe la molestia.

—De nada, señor Bennett. Buenas tardes.

Hasta que hubo depositado el teléfono sobre su soporte, no se dio cuenta Robert de una lamentable omisión. Mi siquiera había preguntado por su cuñado. Seguramente el *sheriff* no caería en la falta, pero de todos modos fue un imperdonable olvido.

Salió a la galería, pudiendo ver desde allí al patrullero de la Policía que maniobraba para dar la vuelta y volver a la carretera. Robert regresó al estudio y sacó una botella y un par de vasos del armario.

Esperaba que Madga vendría a buscarle.

En efecto, poco después se abría la puerta y la joven entraba en el estudio. Su rostro aparecía más pálido que de costumbre. Se dejó caer en el diván.

—La Policía vino a buscarme —dijo con voz muy débil.

—Lo sé todo, acabo de hablar con el *sheriff*.

—Robert… ¡fue horrible! —exclamó Madga, y se cubrió el rostro con las manos.

Bennett cruzó la habitación y le ofreció uno de los vasos.

—Bebe un trago, te sentará bien.

Ella tornó el vaso, bebió un poco y miró reprobadoramente a su hermano.

—¿Por qué tardaste tanto en regresar? ¡Tuve que ir sola a ese lugar horrible y mirar a aquel cadáver, cuando todo lo que sentía eran ganas de echar a correr!

—Lo siento, también era importante lo que tenía que hacer en Los Ángeles.

—¿Te das cuenta, Bob? Virginia Malcomb se ahogó. ¡Era ella misma la que estaba tendida allí, sobre aquella fría mesa de mármol! ¡Y tú asegurabas que todos estaban vivos! Pero ella murió, y somos, por lo menos, culpables de ese crimen.

—¡Cierra la boca, estúpida! —rugió Robert, hablando entre dientes.

Dejó su vaso sobre la mesa, corrió a la puerta y abrió de un tirón, sacando la cabeza al pasillo. Pero no había nadie escuchando. El corredor estaba desierto. Bennett cerró de nuevo y regresó al centro de la habitación.

—Tienes que poner más cuidado en lo que dices —recriminó, irritadamente—. Alguien podría oírte. ¿Y sabes lo que significaría eso?

—¡Bob, estoy muy asustada! —dijo Madga, retorciéndose las manos.

—Quiero que te metas esto en la cabeza. Nadie puede culparnos de ese crimen. Si hubiera la más pequeña prueba contra nosotros, Max la habría utilizado, en vez de optar por asustarnos con sus apariciones.

—Tal vez Max esté muerto también —gimió Madga.

—¡Idiota, él está vivo y bien vivo! —rechazó Bennett, furioso—. Estuve a punto de cogerle esta mañana, pero llegué demasiado

tarde. Su amigo Lund alquiló un barco para él, y Max se hizo a la mar, antes que yo llegara al puerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Hice que un detective privado siguiera a Lund. Y el amigo Lund nos llevó hasta el escondrijo de Max. Fue a verle al barco…

Bennett se interrumpió, empezando a pasear nerviosamente, con la barbilla sobre el pecho.

—Bob, ¿qué piensas hacer? —preguntó Madga.

Él levantó el rostro y la miró, pensativo.

—Me pregunto por qué fue Lund a ver a Max a bordo del barco. ¿Dijo el *sheriff* algo respecto a si le había telefoneado a Lund, informándole de que habían encontrado el cadáver de Virginia?

—No. ¿Por qué había de telefonearle a Lund? Él ni siquiera es de la familia.

—Pero es posible que Lund llamara por teléfono a San Diego preguntando, ¿no es cierto? Madga, ¿a qué hora más o menos encontraron el cadáver?

—Debió ser por la mañana, muy temprano, en alta mar. El barco guardacostas lo desembarcó alrededor de las once y media, pero no me vinieron a buscar hasta algún tiempo después.

—De todos modos, es posible que el *sheriff* lo supiera, incluso antes de que el barco trajera el cadáver a San Diego. El barco debió comunicarlo por radio.

—¿Qué importancia tiene eso, Bob? Dime qué estás pensando.

—No puedo decirte todo lo que pienso, porque te asustaría demasiado. Pero te diré una cosa, y es que te prepares para recibir de nuevo al fantasma de Max. Ellos vendrán esta noche, sin falta. Saben que nosotros sabemos que se ha encontrado el cadáver de Virginia Malcomb, y nos suponen asustados. En mi opinión, Max echará esta noche toda la carne en el asador, intentando por todos los medios aterrorizarnos tanto, que acabemos confesando a gritos que nosotros asesinamos a Virginia Malcomb.

—Bob, si vuelve a repetirse lo de anoche, yo no quiero quedarme en la casa una hora más —dijo Madga, echándose a temblar.

—No seas ingenua, querida. No vas a tener que enfrentarte con ningún muerto. Te digo que Max está vivo y bien vivo. Es más, ni siquiera será él quien venga hasta la casa. Está ciego, y no puede

moverse con la rapidez necesaria. Valdés y Lund harán el juego. Lund se excusó de acompañarme hasta la granja, y supongo por qué tuvo que hacerlo. Necesita estar libre de manos para llevar a cabo su juego de prestidigitación.

Bennett tomó el vaso que había dejado sobre la mesa, apuró su contenido de un trago y fue a coger uno de los bultos que había traído consigo desde Los Ángeles.

—¿Qué es eso, Bob? ¿Qué traes ahí? —preguntó Madga Basehart.

—Parte de un equipo de alpinista, una escalera de cuerda. Voy a aprovechar lo que queda de la tarde para hacer una pequeña excursión por el acantilado.

Salió del estudio y de la casa, cruzó el portillo de la cerca, y se dirigió hacia el promontorio que separaba la abrigada caleta de la playa contigua.

El sol descendía hacia el horizonte marino y las gaviotas planeaban graciosamente, dejando oír sus graznidos, cuyo eco devolvía el acantilado. Pero la paz y el encanto de aquella escena no decían nada al espíritu de Robert Bennett, ofuscado en un solo y macabro fin.

Abandonando el sendero en su punto más elevado, se dirigió por el lomo del promontorio hacia el mar, buscando cuidadosamente entre las rocas. Basehart no especificaba en sus memorias en cuál de los acantilados que cerraban la caleta estaba la gruta, pero la lógica decía a Bennett que debía encontrarse precisamente en el lado sur.

Era allí donde la noche anterior desapareció el nadador fantasma.

Robert llevó a cabo primeramente una inspección superficial, pero la gruta debía estar mejor escondida de lo que supuso, de tal modo que tuvo que realizar una segunda y más minuciosa exploración del terreno. Probablemente, la entrada a la cueva había sido tapada de alguna forma.

Esta sospecha le llevó a fijar su atención preferentemente en las rocas que parecían sueltas, y de entre éstas las más planas y ligeras.

Tuvo suerte esta vez. Al poco rato, examinando una piedra particularmente apta para cubrir un agujero que no fuera muy grande, descubrió el extremo de una barra de hierro firmemente clavada en una grieta. Los extremos de un par de cabos estaban

atados a la barra. Bennett dejó el paquete en el suelo, se agarró a una punta de la piedra y la echó a un lado.

Ante sus ojos apareció un negro y angosto agujero, justo para permitir el paso de un hombre que no fuera demasiado corpulento. Los cabos de cuerda eran los extremos de una escalera de nylon trenzado, con pequeños peldaños de madera.

Robert abrió el paquete que trajo consigo. Apartó a un lado una escalera de cuerda de alpinista, muy semejante a la que colgaba en el interior de la cueva. Tomó una linterna eléctrica recubierta de caucho, o sea apta para inmersiones submarinas, comprobó su buen funcionamiento, y la dejó en el suelo mientras se desembarazaba de la americana.

Metiendo la linterna en su cinturón, se sentó en el borde del agujero y metió los pies en la escalera, empezando a descender con lentitud y cuidado.

Después de descender unos tres metros por la escala de cuerda, los pies de Robert encontraron inesperadamente suelo firme. En alguna parte, muy profundamente, se escuchaba el rumor del agua golpeando suavemente en la roca. De la poca altura que había descendido, Robert dedujo que el fondo de la gruta se encontraba mucho más abajo. En efecto, encendiendo la linterna, vio que se encontraba en una especie de peldaño de dos metros de anchura, por cuyo borde la escala seguía descendiendo hacia la oscuridad.

Acercándose al borde del peldaño, Bennett apuntó hacia abajo el haz de la linterna. La luz brilló en el agua que había más abajo, como a quince o veinte metros de profundidad.

El descenso por la pequeña escalera era difícil y peligroso, especialmente para él, que carecía de aptitudes de espeleólogo, y para sus fines sobraba con lo visto. Decidió volver a la superficie trepando por la escalera.

Cubrió la abertura con la roca, dejándolo todo igual como lo encontró. Luego recogió su paquete y emprendió el regreso a la casa. El sol se había puesto ya, dejando en el cielo una estela de nubes doradas y rojas.

Llegó a la casa cuando Guadalupe servía la comida. Madga no había bajado todavía y Robert subió a buscarla.

—No tengo apetito —dijo Madga.

—Guadalupe va a servir la mesa, y se marchará. Baja, por lo

menos, a hacerme compañía —insistió Robert.

La mejicana, como hacía todos los días, se marchó apresuradamente después de haber servido el plato de sopa. Los hermanos Bennett quedaron solos en la casa. Robert encendió la luz del comedor, y Madga accedió a comer algo, aunque muy poco. «Mystic» comió en la cocina y luego vino al comedor, empezando a dar vueltas, como inquieto.

Madga, que estaba observando al perro, dijo, al cabo de un rato:

—Bob, te lo ruego. Sácame de esta horrible casa, llévame a San Diego, a Long Beach… a cualquier parte, con tal que sea lejos de este lugar.

—Pondremos la televisión. Todo se reduce a matar el tiempo hasta la medianoche.

Madga guardó mal resignado silencio, preguntando, al cabo de un minuto, mientras su hermano comía:

—Dime, ¿qué esperas que ocurra a medianoche?

—El fantasma de Max Basehart emergerá del frío seno del mar, y vendrá a visitarnos —repuso Bennett, riendo por lo bajo.

Pero para Madga la aparición de Max, aun sabiendo que no era un espectro, significaba algo muy distinto. Era una mujer cobarde, llena de supersticiones y raras creencias sobre el significado de los sueños, el aspecto de las cosas y mil otras supercherías. El cielo aparecía rojo aquella tarde, al anochecer. Ella había visto en sueños el cadáver de Max flotante entre las aguas, de modo que si Basehart no estaba muerto…

—¡Bob! ¿No estarás pensando en dar muerte a Max? —exclamó, de pronto, aterrada.

—¿Cómo lo has adivinado? —repuso Bennett fríamente. Y su mirada se endureció, al clavar los ojos en el rostro de su hermana.

—¡Bob, no! ¡No lo hagas, ya fue suficiente con Virginia Malcomb!

—Virginia fue solo una víctima accidental. Nada nos importaba su muerte. Pero se ahogó, y eso nos hace reos de asesinato. Te digo que lo mismo da que te lleven a la cámara de gas por un crimen que por dos. Tenemos que salir de este lío, y la única forma es acabando con Max. Él está muerto a los ojos del mundo, para los periódicos y también para la Policía. Nadie sabe que vive, excepto nosotros.

—Olvidas a Lund. Él lo sabe también.

—¡Ah, Lund! Ya he tomado medidas para que deje de constituir un estorbo.

—¿Quieres decir que le matarás también?

—Es necesario —repuso Robert sombríamente.

—¡Es demasiado, Bob! —protestó Madga, llorosa—. Te aseguro que de haber podido prever que las cosas llegarían tan lejos…

—No hubieras hecho nada, lo sé —concluyó Bennett con mordacidad. Luego se rió por lo bajo siniestramente—. Pero es que, en realidad, tú no hiciste nada, querida. Yo tomé las decisiones y llevé a cabo la acción, totalmente, del principio al fin. No tienes que preocuparte por nada. En el peor de los casos, tu hermano será el único culpable. Entonces, pues, deja que termine el asunto a mi modo y manera.

Madga guardó silencio, falta de argumentos con que rebatir la decisión de su hermano. Una vez más se comportaba como una cobarde. La resolución de Bob de cargar sobre sí con toda la responsabilidad, le alivió en cierta manera.

En el peor de los casos, sería su hermano quien pagara, por sus crímenes, en la cámara de gas.

Bennett no pensaba en ello. En realidad, cuando hablaba de lo «peor», hacía mención a un hecho posible, aunque remoto. Morir en la cámara de gas era algo que a él no podía ocurrirle jamás.

Tendría que tener muy mala suerte, y no se consideraba desafortunado.

Lo peor para Bennett era llenar de alguna forma las horas que todavía faltaban para la medianoche. Rogó a Madga que hiciera café, lo tomó con calma, y lo acompañó con una copa de *brandy* añejo.

Madga había enchufado la televisión y se esforzaba por concentrar su atención en el programa, aunque sin conseguirlo. Incluso para Robert pasaba el tiempo muy despacio.

A las diez, Bob subió a su estudio para ultimar sus preparativos. Del paquete que había traído de Los Ángeles, sacó una escafandra de goma, unas aletas natatorias de buceador, y un fusil lanza-arpones para la pesca marina.

Usando una de las llaves de su inseparable llavero, abrió uno de los cajones del escritorio, y sacó una pistola de abultado cilindro y corto y robusto cañón. Abrió el cilindro del arma para comprobar

que estaba perfectamente cargada, la cerró y la depositó sobre la mesa junto al fusil-arpón y el resto del equipo. Luego pasó a la habitación contigua.

Se desnudó por completo, quitándose incluso los zapatos y calcetines. Se puso un «*short*» de baño, se echó encima una bata, y calzó unas sandalias de playa.

Al regresar al estudio, tomó la pistola e intentó sujetarla a la cintura con el elástico del «*short*». Pero la tensión del elástico era demasiado débil para el peso del revólver. Entonces se dirigió al cuarto de baño, tomó dos tiras de esparadrapo y pegó el arma a su propia piel sobre las costillas bajas de su lado izquierdo, de forma que la culata quedara hacia adelante.

Cruzó su bata, se anudó el cinturón y regresó al estudio. Tomó la escafandra, las aletas, el arpón y la linterna eléctrica. Apagó la luz y salió al pasillo, regresando al comedor en la planta baja.

Madga le miró, llena de extrañeza, mientras él depositaba todo su equipo sobre la mesa.

—¿No irás a practicar la pesca submarina ahora? —inquirió.

—No. Más tarde, si acaso —repuso Bennett enigmáticamente.

Cogió la botella de «*brandy*» y se sirvió de su contenido en la copa.

—Bob, creo que voy a retirarme a mi habitación —dijo Madga, después de prolongado silencio.

—Haz lo que quieras.

Sin embargo, continuó allí. Le intimidaba pensar que el piano volviera a sonar de un momento a otro como la noche anterior, pero igualmente le temía a quedarse a solas en su alcoba.

El viejo reloj del *hall* dejó oír sus sonoras campanadas, anunciando ser las once. Madga miró, asustada, a su hermano, el cual se ponía en pie.

Robert, sin embargo, sólo iba a apagar la luz del vestíbulo.

Al regresar, entró en la cocina para echar más café en la cafetera eléctrica. Le llevó aproximadamente diez minutos preparar el café y regresar con las tazas llenas.

Madga se abalanzó casi con voracidad sobre la taza que su hermano le ofrecía.

—Quizás no debieras tomarlo —advirtió Robert—. El café te excitará más.

—Nada puede excitarme más de lo que ya estoy —repuso Madga. Y después de tomar un largo sorbo de café—: ¿Es necesario que permanezcamos aquí?

—Tanto da esperar aquí como en otra parte. Pero aquí nos queda más cerca el estudio.

—¿Crees que Max volverá a tocar el piano esta noche? —preguntó ella, estremeciéndose.

—Bueno, en realidad no estoy seguro de que llegara a tocar el piano la otra vez. He estado reflexionando acerca de cómo ocurrieron las cosas. El piano estuvo sonando hasta el mismo instante en que encendí la luz del estudio, pero para cuando se encendió la luz, Max ya no estaba al piano. Nadie podría desaparecer tan repentinamente, dejando vibrando en el aire las últimas notas de la sinfonía interrumpida. Todo eso me hace pensar que Max no tocó el piano. Es más; ni siquiera estuvo en la —casa.

—¡Pero nosotros le vimos!

—Vimos una cabellera blanca y un rostro, bajo la deslumbrante luz de la linterna. Era a Max a quien esperábamos ver, y llegamos a creer que realmente le veíamos pero no era él. Tuvo que ser Lund.

—Lund se encontraba en su casa de Los Ángeles cuando contestó al teléfono, una hora más tarde. No pudo ir tan aprisa, creo que ni siquiera volando en un helicóptero.

—Olvidas un detalle. Lund es un técnico en electrónica. Para un experto como él, sería cosa de juego conectar un teléfono portátil a la línea, y contestar desde doscientos metros de distancia como si se encontrara en Los Ángeles. También hubo truco en la escena del estudio. Aunque Max hubiese sido traído hasta aquí para sentarse al piano, no es posible que estuviera tan inspirado para interpretar su sinfonía en la forma que la oímos. Era una grabación de su disco, pasada a una cinta magnética. Lund debió poner un magnetófono con un altavoz de gran sensibilidad en el interior del piano y conectó el aparato al interruptor de la luz del estudio para que la música se interrumpiera en el mismo instante que se encendiera la luz. Eso fue lo que ocurrió. Lund anduvo por la casa, después que nos acostamos. Recuerda que tiene un duplicado de la llave de la puerta.

Madga miró a su hermano, maravillada de su gran talento.

—¿Ves cómo todo es muy sencillo? —dijo Bennett, sonriendo

envanecido—. Nadie puede engañarme a mí, con esos trucos. Los he usado muchas veces en mis novelas policíacas. Ahora puedes esperar tranquila a que el reloj dé las doce.

En este momento el reloj, daba la media para las doce. Madga acusó un leve estremecimiento, pero hizo un esfuerzo por serenarse y sonrió débilmente a Robert.

—De todos modos, lo que te propones llevar a cabo esta noche… —murmuró.

Bennett la interrumpió con un ademán imperioso.

—Mejor no hablemos de eso. De un momento a otro, Lund entrará en la casa… aunque nosotros no le oíamos. Pero él podría oírnos, y eso echaría a perder mis planes.

El presentador del programa de la televisión se despedía en la pequeña pantalla, anunciando el término de la emisión hasta el día siguiente. Cuando la última imagen se borró de la pantalla, Bennett se puso en pie y desconectó el aparato.

Tomó la linterna eléctrica de la mesa y fue a apagar la luz de la cocina y la del comedor. Alumbrándose con la linterna, regresó a su butaca diciendo:

—Esperaremos en la oscuridad. Eso dará más confianza al fantasma de Max —y apagó la linterna.

Siguió una larga espera, llena de nerviosismo y tensión.

Al acostumbrarse los ojos a la oscuridad, los hermanos Bennett podían ver una gran mancha pálida en el muro; la luz de la luna filtrándose a través de la cortina de la ventana.

Se alzó, dominándolo todo, un silencio impresionante, más a medida que el oído se habituaba a él, iban captando otros mil pequeños ruidos: el solemne y pausado
«tic-tac»
del péndulo del reloj en el *hall*, el goteo de un grifo en la cocina, el crujido de las viejas vigas de pino, el roer de la carcoma bajo el piso de madera, o el chasquido de la obra al contraerse por efectos del cambio de temperatura, al frío de la noche…

«Mystic», echado bajo la mesa, dormitaba dejando oír su acompasada respiración. Bennett esperaba que si algún ruido anormal se producía en la casa, el perro avisaría de alguna forma. Pero el tiempo fue transcurriendo, y «Mystic» seguía tranquilo…

Precedido de un chasquido metálico que ponía en movimiento

las intrincadas ruedecillas del reloj, sonaron lentas y armoniosas las doce campanadas de la media noche. Madga se agitó, intranquila, haciendo gemir levemente los muelles del sillón donde permanecía acurrucada.

Después de todo —pensaba el inquieto Robert— también cabía en lo posible que nada ocurriese esta noche.

Apenas había acabado de formular este pensamiento cuando algo empezó a ocurrir…

Primero fue como un golpe sordo, seguido del arrastrar de un mueble en el piso de arriba. Luego se escuchó un golpe claro, característico, acompañado de unas pisadas lentas…

Alguien andaba por el estudio del piso alto, o sea la habitación de trabajo contigua a la alcoba de Max Basehart. Esta habitación quedaba justamente sobre el comedor, del cual tenía las mismas espaciosas dimensiones. Los pasos procedían del lugar donde Max solía sentarse en su mecedora, y, recorriendo toda la habitación, llegaron al extremo opuesto. Allí se oyó el arrastrar de pies… y luego de nuevo los pasos midiendo el estudio en dirección a la ventana, siempre acompañados de aquel golpear sordo… característico de la contera de goma de un bastón…

«Mystic» gruñó y se puso en pie bajo la mesa. Robert también saltó en pie, como impulsado por un resorte.

Sólo Madga no se movió. Hundiéndose más en su asiento, crispadas las manos sobre los brazos del sillón, y mirando con sus ojos desorbitados al techo, balbuceó, moviendo apenas los labios:

—¡Es Max… está en su estudio… es su bastón!

Robert le lanzó una mirada furiosa y, empuñando la linterna, se lanzó fuera del comedor, en dirección al vestíbulo.

CAPÍTULO X

El perro se metió entre las piernas de Bennett, y estuvo a punto de derribarle, en su prisa por salir del comedor. Robert encendió la luz del vestíbulo y se lanzó en dirección a la escalera.

«Mystic» ladró y el hombre se detuvo, mirando atrás. El perro había corrido hacia la puerta de la calle, y arañaba en ésta, como pidiendo que le abrieran. La actitud del perro inspiró una nueva idea en Bennett.

Probablemente, cuando él abriera la puerta de la habitación de Basehart, se encontraría solo ante la estancia vacía. Este estudio tenía una ventana-balcón sobre una pequeña terraza. Quien quiera que estuviese arriba, Tendría que haber utilizado esta ventana para llegar al estudio. Las enredaderas que crecían en la parte posterior de la casa y llegaban hasta la terraza, debieron servir de asidero a Lund o a Valdés, quien quiera que fuera el escalador. Ellos volverían a utilizar de nuevo aquel camino para salir del estudio y descolgarse hasta el suelo.

Bennett se dirigió a la puerta de la calle, la abrió y se lanzó afuera, al mismo tiempo que el perro. «Mystic» echó a correr por el camino de hormigón, a lo largo de la fachada de la casa, hacia el portillo que daba directamente al camino de los sauces. Bob le siguió por la densa sombra que la masa del edificio proyectaba sobre el sendero.

Guadalupe, como siempre hacía al marcharse, había cerrado el portillo de la baja tapia. El perro se vio imposibilitado de seguir adelante, y ladró furiosamente a Bennett, que venía un poco rezagado.

Cuando éste surgía de la sombra y se acercaba al portillo, una figura pasaba corriendo bajo los sauces, cruzando el camino

oblicuamente hacia el sendero del acantilado. Bennett vio fugazmente una cabeza blanca, del mismo color rubio plateado de la cabellera de Basehart. La estatura y la corpulencia del hombre que corría eran las mismas de Basehart, pero también Lund tenía una estatura y corpulencia parecidas.

Bennett abrió el portillo. El perro lanzó un ladrido de alegría y corrió velozmente, en persecución del fugitivo. Robert corrió también, aunque sin empeño alguno por alcanzar al que huía.

Lo vio de lejos en el sendero del acantilado, trepando cuesta arriba, con «Mystic» pegado a los talones. Juan Valdés, aunque fuerte, no habría tenido tanta agilidad para correr. El «fantasma», pues, debía ser Lund. Pensar que fuera así le dio mucho gusto a Bennett. Mientras corría, se palpó el costado, allí donde la pistola formaba un bulto compacto bajo la bata.

Aquel «fantasma» no correría más en la noche, después de hoy.

Las sandalias de Robert no eran el calzado más apropiado para correr atropelladamente por un sendero sembrado de piedras. En dos ocasiones se lastimó en los dedos desnudos que asomaban por la abertura de las sandalias. Moderó la velocidad de su carrera, y así llegó jadeando hasta el punto más alto del promontorio, desde el cual podía ver a la vez la caleta y la playa de la ensenada.

El «fantasma» corría por la playa bajo la luna. Igual que la noche anterior, avanzó hacia el agua y se echó a rodar, seguido del perro.

Bennett no esperó ni un minuto más. Se dirigió a la roca que ocultaba la entrada de la gruta. Para empujar la roca con ambas manos, depositó la linterna en el suelo…

Con la experiencia adquirida en su excursión de la tarde, resultó fácil apartar la piedra y descubrir la entrada de la gruta.

Se despojó de la bata, que entorpecería sus movimientos durante el descenso, colgó la linterna por el gancho al elástico de su pantalón de baño, y se deslizó por el negro agujero.

Hasta que alcanzó el rellano no tuvo que encender la linterna. El descenso de la segunda y más larga etapa estuvo lleno de riesgos y dificultades, pues la escalera oscilaba, y en estas condiciones resultaba difícil encontrar los escalones.

Al final de la escalera, los pies de Robert tocaron el agua fría. Siguió descendiendo, no obstante, pues calculaba que el fondo no debía encontrarse lejos, y lo encontró en efecto cuando el nivel del

agua le llegaba a las rodillas.

Bennett soltó la escalera y desenganchó la linterna, llevando a cabo una rápida inspección del lugar donde se encontraba.

La gruta era más bien pequeña, larga y angosta, midiendo unos siete metros en su parte más ancha por doce o trece de largo. Bennett se encontraba en uno de los extremos. A su derecha, el suelo emergía en rápida y resbaladiza pendiente hasta una roca que formaba una especie de islote. Más allá de esta roca, la gruta formaba una especie de nicho más alto, que era probablemente la única parte que no quedaba inundada, al subir la marea.

El lugar donde se encontraba Robert tenía también el techo más alto. Hacia el fondo de la gruta, y en dirección al mar, el techo descendía progresivamente hasta tocar el agua.

El musgo y otras adherencias de tipo marino señalaban el lugar más alto al que llegaban las aguas.

Por éste último debería llegar el «fantasma».

Bennett arrancó los esparadrapos que sujetaban la pistola a su piel, empuñó el arma y montó el gatillo. Luego trepó por la roca, que era muy resbaladiza, yendo a situarse en el extremo opuesto, junto al nicho.

Apagó la linterna y esperó.

Las aguas producían lúgubres chasquidos al golpear contra las rocas…

Bennett sabía que no tendría que aguardar mucho. En efecto, apenas habían transcurrido cinco minutos cuando advirtió un resplandor fosforescente bajo las aguas. Alguien venía por el túnel.

Los dedos se crisparon sobre la empuñadura del arma. La linterna sumergida se acercaba con rapidez. La luz iluminó súbitamente el techo de la gruta, al mismo tiempo que el busto y la cabeza de un hombre emergían del agua. Bob se agazapó todavía más, pegándose contra la roca.

La linterna apuntó hacia abajo. Se escuchó el resuello del hombre y el gorgoteo del agua removida… el hombre estaba trepando a la roca.

Éste era el momento. Bennett saltó en pie y encendió al mismo tiempo su linterna, apuntándola contra el hombre.

Lo primero que vio fue una cabellera plateada, lacia y chorreante, pegada a la frente del nadador. Luego vio unos ojos

parpadeantes y un rostro por el cual corrían las gotas de agua…

¡Era Lund!

Bennett le reconoció con placer, pues era a él y no a otra persona cualquiera a quien deseaba encontrar en aquel escondido lugar.

—Hola, Lund. ¡No te muevas! —conminó Bennett—. Te estoy apuntando con una pistola.

La expresión de James era ciertamente de sorpresa. La linterna de Bennett le deslumbraba.

—¿Robert Bennett? —preguntó.

—¿A quién si no esperabas encontrar aquí?

—¿Cómo has sabido?…

—¿Cómo supe que existía esta gruta? Mi querido amigo, no soy un tonto. Nunca conseguisteis engañarme con ese cuento de fantasmas y aparecidos.

Lund, con la camisa y los pantalones empapados pegados al cuerpo, descalzo y bajo aquella ridícula peluca, distaba mucho del hombre arrogante y seguro de sí mismo que Bennett conocía. Esto produjo en él un acceso de risa.

—¿De qué te ríes? —dijo Lund—. Tu situación no es tan divertida, después de todo. Provocaste el hundimiento del barco de Max, con todos sus tripulantes, y una persona al menos murió. El asunto será investigado…

—¿Cómo?

—La Policía se encargará de ello.

—¿Quieres asustarme, Lund?

—Yo, en tu lugar, lo estaría. Virginia Malcomb murió ahogada. Eres reo, al menos, de ese delito.

—Nadie podrá probarlo jamás. Si hubiera una sola prueba en contra mía, estaría de sobra todo el trabajo que os tomasteis representando esa comedia de muertos aparecidos, conciertos de ultratumba y todo lo demás. ¿Sabes por qué estoy aquí?

Lund no contestó.

—Voy a matarte, James —dijo Bennett—. Primero a ti, y luego a Basehart. Me consta que está en algún lugar, no lejos de aquí, esperándote a bordo de un barco llamado «Lake Walpello».

—¿Sabes eso también, eh?

—Por supuesto. Te hice seguir por un detective privado.

—Eres muy listo, ¿no?

—Más de lo que te figuras, y mucho más de lo que mi cuñado quiso reconocerme nunca. Siempre me desdeñó. Se reía de mis novelas, asegurando que era un autor falto de imaginación y de ingenio… ¿No es gracioso, Lund? Mi ingenio, que tanto desdeñó Max, va a terminar con él, esta noche. Llevaré el barco mar afuera y lo hundiré. El barco está alquilado a nombre tuyo, de modo que parecerá que tuviste un accidente semejante al de tu amigo. En cierto, nada se sabrá. Tu cadáver quedará para siempre sepultado en esta gruta. Dentro de unos días, volveré por acá para volar la entrada con dinamita.

—Lo tienes todo previsto, ¿no es así? —dijo Lund, entre dientes.

—Estoy escribiendo la mejor de mis novelas… un asunto apasionante en verdad, que me proporcionará mucho dinero y seguridad para el futuro. Ésta será mi obra maestra, Lund… aunque nadie llegue a leer jamás esta historia.

—No digas eso. No hay cosa que se haga y que no llegue a saberse, más pronto o más tarde. Después de todo, no hay pruebas en contra tuya. Más te valdría dejar las cosas como están, y afrontar los riesgos de una investigación. Piensa que una vez hayas disparado esa pistola, ya no podrás volver atrás.

—¿Estás implorando por tu vida, Lund? —interrogó Bennett, mordaz.

—Trato de evitar que cometas un irreparable error.

—Soy perfectamente dueño de mis actos, Lund. Gracias, de todos modos.

Adelantó el brazo, apuntó rápidamente y disparó.

El tiro salió de la pistola, resonando como un cañonazo entre las paredes de roca. Lund pegó un brinco terrible, cayendo hacia atrás hasta el agua. Pero, aunque herido, no estaba muerto. Se le vio hacer un sobrehumano esfuerzo para salir del agua y agarrarse a la roca…

Bennett disparó de nuevo… una… dos veces.

Lund cayó de bruces, los dedos crispados, clavados como garfios a la roca. Luego esta presión se aflojó, y su cuerpo se movió, levemente sacudido por el oleaje.

Bennett le contempló un instante con desprecio. Luego se puso de rodillas sobre la resbaladiza peña, alargó la mano y le arrancó la

peluca plateada de la cabeza. Se puso en pie, tiró la pistola al agua y se dirigió en busca de la escalera.

Dos minutos después sentía en el rostro el aire fresco y húmedo del mar, al asomar por el agujero. Desató la escalera de cuerda, y la arrojó al fondo de la gruta. Luego empujó la pesada roca, cubriendo de nuevo el pozo, recogió la linterna y la bata, y emprendió el regreso hacia la casa.

La primera parte de su plan se había realizado, ciertamente de una manera fácil y rápida. Le urgía llevar a cabo la segunda, y acabar aquel asunto de una vez.

Bajando rápidamente por el sendero, cruzó el camino de los sauces y entró en la casa, por el portillo abierto. Tenía mucha prisa ahora, y pasó por el iluminado *hall* sin detenerse.

En el comedor seguía apagada la luz. Bennett la encendió al entrar, mirando, sorprendido, a Madga. Ésta seguía tal como la dejó al salir, las manos crispadas sobre los brazos del sillón, los ojos desorbitados, fijos en el techo.

Todavía se escuchaba el acompasado golpear de la contera del bastón, acompañado de los pasos que iban arriba y abajo por el techo. La expresión de terror de Madga preocupo a Robert.

—No hay nadie arriba, te lo aseguro —dijo—. Es otro de los trucos de Lund.

Pero Madga no respondió ni pestañeó siquiera. Robert, entonces, lanzó una maldición entre dientes, salió del comedor y subió corriendo la escalera.

Al llegar arriba, se detuvo escuchando ante la puerta del estudio de Basehart. Seguían sonando los pasos y los golpes de bastón. Empuñó el picaporte, empujó la puerta y abrió.

El ruido cesó en el mismo instante. Bennett encendió la luz eléctrica, comprobando aquello que ya había adivinado; es decir, que no había nadie en la habitación. Examinó para mayor convencimiento el marco de la puerta. Descubrió un pequeño botón blanco incrustado en el marco, junto a las bisagras. Lo oprimió con el dedo y de nuevo se escucharon los pasos. Lo apretó otra vez, y cesó el ruido.

Bennett salió del estudio y volvió al comedor. Madga seguía en la misma actitud aterrorizada, hundida en el sillón.

—¿Lo ves? —dijo Bennett—. No había nadie. Sólo una serie de

altavoces bajo el piso del estudio, conectados con una grabadora de pistas múltiples de efectos estereofónicos.

Mientras hablaba, Robert se quitó la bata. A continuación cogió la escafandra de caucho, que colgó de su cuello. Luego tomó el arpón.

—Tardaré, quizás, un par de horas en volver. No te preocupes por mí —dijo a Madga.

Y salió, sin esperar la respuesta de ésta.

Cruzando el prado artificial por el sendero de losas, salió por el portillo y tomó la dirección del embarcadero.

Entró en la caseta donde Max guardaba sus aperos de pesca, latas de aceite para el barco y diversas herramientas. Tomó un hacha, la cual utilizó para cortar un pedazo de cuerda de aproximadamente tres metros de longitud. Se arrolló la cuerda a la cintura y luego sujetó el hacha, rasando el mango entre su cuerpo y la cuerda.

Al abandonar la caseta, se dirigió, dando un rodeo, hacia el promontorio que protegía a la caleta por el lado norte. Esperaba encontrar el barco en algún lugar de la amplia ensenada que se abría al norte del promontorio, pero al llegar al punto más alto de éste, y otear el mar, no pudo ver embarcación alguna.

La inquietud se apoderó de Bennett. Sería desastroso que el barco se hubiese marchado sin esperar a Lund, ya que, de ocurrir así, no podría sorprender a Max como esperaba.

—Tal vez esté detrás de las rocas —se dijo.

Bajó del promontorio y echó a correr por la plaza hacia una punta roqueña que se prolongaba hacia el mar. Detrás de esta punta había otra caleta, y al fondo, un acantilado. Pero hasta que hubo escalado las rocas no pudo ver la caleta, ni, por consiguiente, el barco que esperaba allí.

Tan pronto descubrió el barco, Bennett experimentó una sensación de serenidad y alivio.

Todo marchaba bien. El barco estaba allí, meciéndose dulcemente bajo la luz de la luna, en mitad de la caleta. Bennett bajó por las rocas hasta el agua. Allí se descalzó las sandalias, poniéndose las aletas de caucho. No las necesitaba para nadar la corta distancia que le separaba del barco, aunque sí para regresar a tierra, después de hundir el barco en aguas profundas.

Se puso también la escafandra y luego la peluca plateada que le quitó al cadáver de Lund. Finalmente, asió el fusil lanza-arpones y se deslizó al agua.

Nadó suavemente, sin prisas ni ruido, en dirección al barco, que permanecía inmóvil como a cincuenta metros de distancia.

Pensaba Robert, y con razón, que los tripulantes del barco le acogerían a bordo, sin sospechar que pudiera ser otro que Lund. En efecto, lo único que se veía de Bennett, mientras nadaba hacia el barco, era su peluca alba. El rostro lo llevaba oculto por la escafandra de caucho y cristal.

Al acercarse Robert al barco, una figura se movió sobre cubierta. Bennett vio destacarse contra el fondo argentado del mar la copa típica de un gran sombrero mejicano. Era Juanito Valdés.

Valdés se inclinó sobre la borda y tendió su mano al nadador que llegaba hasta el barco. Bennett permitió que el mejicano le ayudara a subir a bordo, dejó caer dentro del barco el fusil-arpón y se incorporó como si fuera a quitarse la escafandra…

El puño de Bennett salió disparado contra la cara del mejicano. Éste, obligado a retroceder, enredó sus pies en una cuerda y cayó de espaldas sobre la angosta cubierta. Bennett tiró del hacha que llevaba al costado.

El mejicano se incorporaba para atacar. Bennett tenía en la mano el hacha, asida por el mango cerca de la hoja. Con el mango de la herramienta, asestó un golpe terrible en la cabeza del mejicano Valdés, si de él se trataba, como no cabía duda, se derrumbó pesadamente sobre cubierta, sin proferir un gemido.

Robert se quitó la escafandra, perdiendo al mismo tiempo la peluca. Dejo el hacha en el piso y se inclinó para recoger el fusil-arpón.

Con el fusil montado, se dirigió a la pequeña «cabina», cuyo interior aparecía a oscuras. Dos escalones llevaron a Bennett hasta el oscuro hueco de la puerta de la «cabina». Buscó, a tientas, el interruptor de la luz.

Con un leve chasquido, se encendió la bombilla eléctrica encerrada en una linterna clásica de barco. La «cabina» era pequeña, con una litera plegada a cada lado. Al fondo, contra la cerrada alacena, un hombre de cabeza blanca estaba sentado e inmóvil en un millón de lona. Era Max Basehart. Los ojos abiertos

de Basehart miraban a un punto vacío del espacio. Eran unos ojos grises, claros y acuosos. Unos ojos sin vida, propios de un ciego. Una manta le cubría las rodillas.

—Hola —dijo Bennett con el regocijo bailándole en las pupilas, y subrayando sus palabras—. Adivina adivinanza, ¿a que no sabes quién está aquí?

Bennett esperaba que su cuñado contestaría. Esperaba, al menos, un gesto de asombro… un rictus de cólera… una mueca de terror. Pero Basehart no se movió, ni pestañeó, ni contrajo un músculo de su cara. Parecía una estatua de hielo, mirando ante sí fijamente, con aquellos ojos horribles sin vida y sin luz.

—De acuerdo, Max. No perderé el tiempo contigo —dijo Bennett con ira—. Escapaste la otra vez, pero nadie te salvará ahora.

Le apuntó con el rifle, y oprimió el disparador.

El muelle se disparó con un chasquido, y el arpón salió lanzado como una flecha, enterrándose profundamente en el pecho de Basehart…

Bennett quedó mirando con estupor a su víctima. Ni siquiera al recibir el arpón se había movido Basehart, ni pestañeó, ni abrió los labios, como si fuera insensible al pedazo de acero que acababa de clavarse en su pecho.

—¡No es posible! —exclamó Bennett roncamente.

El miedo le dominó de pronto. No percibió siquiera el leve balanceo de la embarcación. En su mente, como un deslumbrador rayo de luz, se hizo la más espantosa de las sospechas. ¡Aquel hombre no podía ser Basehart!

Rugiendo de rabia, saltó hacia adelante, cruzando la «cabina» para abalanzarse sobre el cuerpo. Esperaba que fuera un maniquí. Y le golpeó en el rostro. Pero no era un maniquí. ¡Era el propio Basehart!

—¿Por qué? ¿Por qué no mueres? —rugió Bennett, fuera de sí. Y de una manotada, arrancó la manta que cubría las rodillas del cadáver.

Entonces comprendió.

¡Basehart estaba amarrado al sillón con cuerdas!

Y fue entonces cuando ocurrió algo igualmente increíble. Una voz habló a espaldas de Bennett:

—Después de todo, conseguiste tu propósito, Bob. Max murió

cuando se hundió su barco…

Bennett se volvió, como picado por una víbora.

James Lund estaba ante él, ocupando el hueco de la angosta puerta de la «cabina». Tenía los cabellos oscuros pegados a la frente, y el agua chorreaba de sus ropas empapadas. Era el mismo Lund, tal como Bennett lo dejó por muerto en el fondo de la gruta… pero increíblemente vivo y sonriendo con amargura.

Bennett no acertó a pronunciar una palabra.

—¿Sorprendido? —le preguntó Lund.

—¿Cómo?… —tartamudeó Bennett.

—¿Cómo estoy aquí, después de disparar tres veces contra mí? —continuó Lund—. Muy sencillo, no había balas en tu pistola, sólo cartuchos de fogueo. Yo estuve en la granja esta tarde, mientras tu hermana iba a identificar el cadáver de Virginia Malcomb. No podía arriesgarme a que me mataras de un balazo, y saqué las balas de tu pistola, cambiándolas por munición inofensiva.

—¿Cómo pudiste? —rugió Bennett—. ¡Estabas en Los Ángeles cuando yo te llamé por teléfono!

—No fui yo quien contestó al teléfono, sino mi compañero de trabajo, Gary Allerton. Tenemos la voz tan parecida, que con frecuencia nos confunden. Ya ves que estabas equivocado, Bob. ¡Mucha más gente, además de mí, estaba en el secreto de lo que iba a ocurrir, incluyendo la Policía!

—¡Todo fue una maldita trampa!

—Sí. No existían pruebas contra ti, pero yo estaba seguro de que tú habías provocado el accidente en el que murieron Max, la señorita Malcomb y Valdés. Lo comprendí cuando te vi derramar el licor sobre la tapa del piano que Max tanto estimaba. Te vi en el cristal de la ventana. Parecías tan convencido de que Max no regresaría nunca, que me afirmé en mis sospechas… El *sheriff* me ayudó. No estaba muy de acuerdo conmigo, pero accedió a concederme un plazo, y el plazo se cumplió esta noche. Ahí tienes a Max. Un barco rescató su cadáver del mar, ayer tarde.

—¡Maldito seas, Lund! —rugió Bennett. Y arrojó con violencia el fusil-arpón que tenía en la mano contra el marco de la puerta. Bennett, en un desesperado intento por escapar, se lanzó hacia adelante como una catapulta, empujando a Lund y tirándole al suelo.

También él cayó, al tropezar en los escalones. James le agarró por una pierna.

Los dos hombres luchaban ferozmente sobre la bamboleante cubierta del barco cuando se escuchó una sirena. Una lancha de la Policía apareció doblando el cabo. Sobre el techo de su «cabina», giraba una luz roja, destellante.

Bennett, presa de pánico, intentó soltarse de Lund, disparándole un puñetazo a la cara. Éste se apartó, contestando con un directo que arrojó a su enemigo contra el ángulo de la caseta. Antes que Robert pudiera reponerse de aquel golpe, Lund le dirigió otros dos puñetazos, que le dejaron medio inconsciente sobre cubierta.

Una figura tambaleante se incorporó, y vino hacia donde James se encontraba contemplando a su vencido enemigo.

—¿Está usted bien, señor Lund? —preguntó el mejicano, en español.

—Sí. Pero ¿cómo estás así?

—Ese hombre me dio un palo en la cabeza que casi me mata pero ya me siento bien, sólo tengo un chichón y un poco de sangre.

—No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho por mí. La verdad es que te expuse a que se bestia te matara también.

—No tiene importancia, señor. Lo hice por el señor Basehart… y también por Juanito Valdés. Él era mi amigo.

—También lo era mío, Pedro. Desgraciadamente, nada podemos hacer por ellos, salvo entregar a su asesino al verdugo.

La lancha de la Policía abordaba en este momento al barco. La voz del *sheriff* Mac Gregor llamó:

—¡Eh, Lund! ¿Se encuentran todos bien?

—¡Perfectamente, *sheriff*! —contestó Lund.

Un garfio sujetó, desde la lancha de la policía, el barco de recreo. El *sheriff* saltó de una cubierta a otra. Dos agentes de policía, armados de rifles, le siguieron.

—Póngale las esposas a ése —señaló Mac Gregor al semiinconsciente Bennett. Luego se volvió hacia Lund—. ¿Confesó?

—¡Y de qué manera! Asómese a la camareta.

Mac Gregor bajó los dos escalones y entró en la «cabina».

Lund le acompañó, guardando silencio mientras el *sheriff* examinaba, asombrado, el arpón que sobresalía dos pies del pecho del cadáver.

—¿De modo que Bennett le asesinó por segunda vez? —murmuró el *sheriff*.

—Sí, pobre Max. Me remuerde la conciencia haberle expuesto así para que ese cobarde de Bennett se ensañara con él, disparándole su arpón.

—Bueno, yo pienso que al señor Basehart eso no le importa. Después de todo, no está ahora más muerto de lo que ya estaba. Sólo me pregunto, ¿por qué utilizó Bennett un arpón?

—Creo que tengo una vaga idea de la razón de que utilizara el arpón. En verdad, es un hombre de imaginación. Se trajo un hacha para abrir el fondo del barco y hundirlo en alta mar. Sin embargo, tenía que tomar sus medidas para que los cadáveres de sus víctimas no apareciesen demasiado pronto. Su idea debió ser la de atar una cuerda a la anilla del arpón y sujetar el otro extremo a cualquier parte del barco. También habría atado a Valdés… o sea Pedro. Los cadáveres habrían ido al fondo del mar, con el barco. Sólo después de muchos días, al pudrirse el cuerpo de Max, se soltaría éste del arpón. Y para entonces, ya no habría forma de saber cuánto tiempo llevaba muerto, ni siquiera de qué murió.

—Ese Bennett tenía una mentalidad diabólica —murmuró el *sheriff*, estremeciéndose. Luego pareció reflexionar sobre sus propias palabras y dijo—: Aunque también usted fue muy lejos, agudizando su ingenio. La verdad, yo no confiaba en absoluto en sus planes, cuando hablaba de aparecerse a los Bennett fingiéndose el muerto.

—Tuve que lanzar un desafío al ingenio de Bennett para que él creyera a Basehart vivo.

—Y para que intentara matarle de nuevo.

—Sí.

Los dos hombres salieron silenciosamente de la camareta. En cubierta, hallaron a Robert Bennett ya de pie, esposado entre los policías. Pedro esperaba junto a la rueda del timón.

—Vamos a casa, Pedro —dijo Lund, al mejicano—. Esto se ha terminado.

El mejicano asintió. El motor del barco arrancó con una tos, y la embarcación empezó a moverse lentamente sobre el agua, buscando la salida de la caleta. El frío de la noche hizo tiritar a James Lund, bajo sus ropas empapadas.

«Pillaré un resfriado» —se dijo Lund. Pero poco podía importarle

aquello. Pensó con pena y con gusto que el asunto estaba terminado, que al día siguiente podría reintegrarse a su trabajo, y que seguramente vería a la señorita Butler a la hora del «*lunch*».

El barco iba hacia las aguas libres, arando con su quilla el espejeante mar. El drama que vivió Basehart antes de morir, jamás se conocería. Sólo las gaviotas lo sabían. De cualquier forma, el buen amigo sería vengado. El verdugo diría la última palabra.

FIN



Pascual Enguídanos Usach (Liria, 13 de diciembre de 1923-ibídem, 28 de marzo de 2006) fue un escritor español, uno de los clásicos europeos de la ciencia ficción y el decano de la ciencia ficción española.

Nacido y vecino de Liria (Valencia), Pascual Enguídanos Usach, funcionario jubilado de Obras Públicas y escritor, es considerado en la actualidad el decano de los autores españoles de ciencia ficción, representando a la primera generación de postguerra y quizá el de mayor éxito entre los autores de novela popular en su época. Si bien se encuadró inicialmente en lo que se ha dado en llamar Escuela Valenciana de Ciencia Ficción, desde los años 60 se le comenzó a considerar en medios literarios del género como uno de los escritores españoles de mayor alcance. Comenzó su andadura como escritor en las colecciones de Editorial Valenciana Comandos, Policía Montada o Western, mientras que luego en la Editorial Bruguera colaboraría en Oeste, Servicio Secreto y La Conquista del Espacio. Bajo el pseudónimo de «Van S. Smith» o de «George H. White», publicó nada menos que noventa y cinco novelas dedicadas al género. Su reputación en la ciencia ficción española de los años cincuenta procede de un estilo ágil y del universo que propuso, pues cincuenta y cuatro de sus obras se inscriben en la llamada Saga de

los Aznar, una auténtica novela-río adaptada al tebeo en dos ocasiones y que recibió en Bruselas el galardón a la mejor serie europea de ficción científica o, si usamos el anglicismo, ciencia ficción. La Saga fue reescrita y ampliada en los años 70 y ha sido objeto de atención y reedición, y es actualmente reivindicada por aficionados y autores que continúan su obra.

Enguídanos propuso al editor de Valenciana una nueva colección dedicada a la ficción científica y para la cual había comenzado a escribir algunas obras. Éste fue el inicio de la histórica Luchadores del Espacio, joya de la ciencia-ficción española, publicada en la década de los 50 por la Editorial Valenciana y donde la serie de Enguídanos, La Saga de los Aznar, con treinta y dos novelas que aparecieron entre 1953 y 1958, constituiría el cuerpo central de la colección. La obra, que recordaba a veces la estética de *Flash* Gordon y la literatura del Coronel Ignotus, fue reconocida como la mejor serie de ciencia-ficción publicada en Europa, (Convención Europea de Ciencia Ficción, Bruselas, 1978).

Pascual Enguídanos desapareció de los medios públicos, y el fandom perdió contacto con él, hasta que por diferentes medios, Javier Redal y Andrés Rodrigo, autores y miembros significativamente activos del mundillo de la ciencia-ficción española lo localizaron en su residencia de Líria, donde vivía ya apartado de la escritura, e ignorante de la repercusión de su obra. En la HispaCon de 1994, celebrada en la localidad valenciana de Burjassot y dirigida por el citado Andrés Rodrigo, Pascual Enguídanos fue homenajeado como Invitado de Honor recibiendo, por primera vez en muchos años, el reconocimiento de los aficionados al género de ficción de toda España.

El autor sería también homenajeado en el XXI Congreso Nacional de Fantasía y Ciencia-Ficción (HispaCon 2003) y durante la ceremonia de entrega de los premios Ignotus le fue concedido el premio Gabriel por la labor de toda una vida.